

PUNTO

ROJO



LA RISA DEL ASESINO

keith luger



LA RISA DEL ASESINO

KEITH LUGER

**LA RISA
DEL ASESINO**

**1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 1.588 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1963

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 195/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
 - 796 — Tres patas para un banco
- En Colección SERVICIO SECRETO:
 - 659 — Balas perfumadas.
- En Colección BUFALO:
 - 484 — La hora de los bastardos.
- En Colección CALIFORNIA:
 - 336 — Furia en el río.
- En Colección TEXAS:
 - 359 — Los seis dedos del diablo.
- En Colección COLORADO:
 - 264 — Refugio para criminales.
- En Colección KANSAS:
 - 252 — Yo soy la venganza.
- En Colección BRAVO OESTE:
 - 81 — Campanas de funeral.
- En Colección ASES DEL OESTE:
 - 181 — No tengo armas.
- En Colección PUNTO ROJO:
 - 41 — Chantaje contra una viuda.

La RISA del ASESINO

por **KEITH LUGER**



CAPÍTULO PRIMERO

—Me gusta la ciudad. ¿Y a usted? —preguntó Kate.

El conductor del taxi emitió un gruñido.

Kate agrandaba los ojos observando por las ventanillas las casas, el tráfico, las aceras llenas de gente, los escaparates de los grandes almacenes...

—Es maravilloso —rió—. Mi tío Johnny se quedó corto. Todos ustedes tienen suerte. Usted también la tiene, amigo, por vivir en un paraíso como éste. Apuesto a que lleva mucho tiempo aquí.

—Sí, mucho —asintió el conductor.

—¿Sabe cuándo me enamoré de esta ciudad? Fue en el cine de mi pueblo, cuando vi una película... Trabajaban Frank Sinatra, Gene Kelly y no sé qué otro tipo. Eran tres marineros. La de cosas que les pasaban... Iban a todas partes cantando y bailando... ¿No canta usted?

—No, señorita, no canto.

—Pues debería hacerlo. Tiene una voz de bajo... Mi tío Johnny compuso una canción, se llama Hay un camino de polvo de estrellas que conduce al cielo... Tenía que haber visto la noche en que se estrenó en mi pueblo. Fue un éxito. Desde entonces, tío Johnny se dedica a componer música. Escribe tres canciones todos los días.

El conductor pegó un frenazo brusco al cambiar las luces.

Kate dio un gritito, yéndose hacia adelante.

—No se inquiete —dijo—. No me he hecho daño... Siempre he pensado que sería muy hermoso vivir en una ciudad como ésta, con sus casas y sus calles llenas de colorido. Sí, señor. Es usted un hombre afortunado.

El conductor volvió la cabeza.

—Oiga, señorita, nací aquí, aquí me crié y aquí me he casado.

Tengo mujer y tres hijos y me paso la vida pensando de dónde voy a sacar el próximo dólar para atender mis pagos. El único colorido que veo por las mañanas es la ropa que las vecinas cuelgan en sus cuerdas, y cuando llego a casa, me paso el rato gritando y no cantando.

Inmediatamente reanudó la carrera.

Kate arrugó el entrecejo. El chófer era un hombre malhumorado. Peor para él si no sabía disfrutar de la vida.

Se dedicó a examinar todo lo que se ofrecía a su paso.

El coche corría ahora por una amplia avenida bordeado de tilos.

Los pájaros piaban en las ramas. Kate trataba de descubrirlos por el hueco, pero su cuello no le prestaba más.

El conductor frenó otra vez.

—¿Dijo el 322 de la avenida Palm Beach?

—Sí, señor.

—Bueno, éste es su destino. Son dos dólares noventa.

Kate abrió el bolso, y tras una minuciosa búsqueda, encontró su monedero, abrió éste y se puso a contar las monedas.

—Aquí tiene, dos dólares y noventa centavos —vio los ojos del hombre y agregó otra moneda de diez centavos—. Eso es la propina.

—Quédesela, si piensa que se va a arruinar.

—¡Oh, no! A usted le hace más falta que a mí.

El conductor hizo una mueca mientras Kate descendía empujando la maleta.

La joven se quedó mirando el portón de hierro. En la parte superior había dos figuras, una dama que sostenía una dura lucha con un hombre que portaba armadura. El combate lo estaba perdiendo la joven porque ya se había quedado sin ropa.

Kate dio un chillido porque el coche le arrojó una nube de polvo al arrancar con fuerza.

Fue a protestar, pero el chófer había apretado a fondo el acelerador y el vehículo se alejó muy aprisa.

Kate se sacudió el vestido con las manos.

Al cabo de un rato tomó la maleta y acercóse al portón. A través de los barrotes vio el jardín bien cuidado y la enorme casa al fondo. Era tan maravilloso como lo había soñado.

—Fletcher Manor —dijo entre labios.

Oyó a lo lejos unos ladridos que se fueron acercando.

Un perro apareció por junto a un seto. Corrió lanzándose sobre el portón con las fauces abiertas.

Kate retrocedió de un salto.

El perro, un mastín, se puso a ladrar furiosamente, los ojos inyectados en sangre.

Kate sintió un escalofrío al distinguir sus dientes puntiagudos.

Vio avanzar a un hombre por entre los barrotes. Era enorme, casi un gigante. Kate pensó que debía de medir cerca de dos metros. Su cabeza era poderosa. Se cubría con un jersey oscuro, de cuello redondo.

El hombre llegó ante el portón y se quedó mirando a la joven.

Kate vio algo extraño en su cara. Sus ojos eran muy grandes, pero parecían dos trozos de hielo.

El perro seguía ladrando. El hombre puso una mano sobre la cabeza del can y éste bajó las orejas y quedó callado, respirando fatigosamente, con la lengua fuera.

—Buenos días —saludó Kate.

El hombre no le contestó.

—Mi nombre es Kate Farrant. Dora debe haberle hablado de mí. Soy su prima... Del mismo pueblo que ella, Johnsonville, Illinois.

El hombre no contestó, pero el perro dio un ladrido.

—Escribí a Dora una carta la semana pasada. Le dije que venía... Bueno, imagino que ella habrá tenido mucho trabajo y por eso no ha ido a la estación a recibirme...

Dejó de hablar porque el hombre la seguía mirando sin dar ninguna respuesta. Ahora vio cómo su boca se abría y por ella dejaba escapar unos gruñidos.

Lo comprendió al momento. Aquel hombre era mudo. Se preguntó si también sería sordo.

—He de pasar para ir a ver a mi prima Dora.

El hombre soltó otro gruñido por el tajo de su boca y apartó al perro del portón. Enseguida, abrió éste, pero no mucho, lo suficiente para que Kate pudiera pasar.

Kate vaciló unos instantes. Bueno, ¿qué hacía? Aquel hombre le estaba franqueando el paso y su prima Dora se encontraba en aquella casa.

Pasó por el resquicio.

El perro dio un rugido y la miró con sus ojos malignos.

Kate sintió que el hombre le tocaba el pelo. Se volvió bruscamente.

El hombre parpadeó con la mano extendida y otra vez emitió aquellos sonidos guturales.

Kate caminó de espaldas, sonriendo.

—Muchas gracias, nos veremos luego.

Vio cerca el mastín y le pareció que iba a saltar sobre ella.

Pero aquel hombre se puso a mover los brazos, y el perro se apartó de Kate.

La joven echó a andar muy aprisa hacia la casa.

Los árboles estaban casi desnudos y el suelo cubierto de hojas secas que hacía crujir a su paso.

Subió por la gran escalinata hasta el porche y dejó descansar la maleta en el suelo. Entonces descubrió que la puerta no tenía timbre sino una cadena. Era uno de aquellos llamadores antiguos.

Atrapó la argolla, al final de la cadena y tiró de ella.

Dentro se produjo un campanileo.

Sonrió pensando en que Fletcher Manor le empezaba a gustar otra vez, y después de todo, acabaría siendo amiga del fiero mastín y de su guardián. Se volvió para mirar hacia el portón y no vio ya a ninguno de sus viejos conocidos.

—Buenos días. ¿Qué desea? —dijo una voz a su espalda.

En el hueco vio a alguien que debía ser un criado. Sus ojos eran saltones y la nariz aguileña.

—Buenos días —repuso Kate Farrant.

—Dije a su patrón que no mandase a los tapiceros hasta pasado mañana.

—Perdone, pero no tengo nada que ver con los tapiceros. Mi prime trabaja aquí... Es Dora Thompson —sonrió—. Vengo para quedarme. Dora me escribió que necesitaban una doncella.

—¿Dora? Aquí no hay ninguna Dora.

Kate parpadeó.

—¡Oh, no! Está equivocado... Claro que la hay... —Forzó una sonrisa—. Deben tener muchos criado en la casa, y por eso no se acuerdan. Dora me dijo que trabajaba en la cocina. Seguramente usted tiene a su cargo otra ala... Me he preguntado muchas veces qué cantidad de dinero necesitarían los patronos para mantener

limpias tantas habitaciones.

—Se ha equivocado, señorita.

—Pero eso no es posible.

—Y entérese: en la casa somos tres criados.

—Uno de ellos es Dora.

—No. Mi nombre es Cyril. Hay otro hombre llamado Harry y sólo una mujer: la cocinera.

—Ésa es mi prima.

—Su nombre es Paula y tiene cincuenta años.

—Dora sólo tiene veintitrés. Oiga, ¿no es éste Fletcher Manor?

—Sí.

—¿322 de la avenida Palm Beach?

—Sí.

—Entonces, aquí tiene que estar Dora. Me escribió hace cuatro meses diciéndome que se encontraba sirviendo en esta casa. Y si no me cree, le diré quién es el dueño: Raymond Fletcher y está casado. El nombre de ella es Wanda y tiene el cabello rojizo como el mío... Bueno, Dora me decía en su carta que ella poseía el cabello más hermoso que había visto en su vida.

—Ha sido víctima de una broma. Ya le he dicho que aquí no hay ninguna Dora. Nunca la ha habido. Buenos días.

—¡Eh, oiga! —exclamó Kate.

Pero el criado que se había presentado con el nombre de Cyril ya había cerrado la puerta.

Tiró otra vez del llamador y esperó impaciente, cruzando los brazos. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que el criado no le volvería a abrir. ¿Cómo no lo había pensado antes? Aquélla era la entrada de los señores. Habría otra puerta para los criados.

Tomó la maleta y bajó la escalera encaminándose hacia el ala derecha de la casa.

Pasó por junto a unos setos que no le dejaban ver nada, pero al dar la vuelta descubrió, efectivamente, otra puerta defendida con tejido metálico. Algo se movía más allá de la red.

Oyó el roce de una escoba y se detuvo.

La puerta se abrió impulsada por una mujer alta y gruesa, de cabello blanco y ojos ribeteados con manchas negras. Sus labios eran gruesos y estaban descoloridos.

—¿Qué quieres?

—Usted debe ser Paula, la cocinera.

—Sí. ¿Quién eres tú?

—Kate Farrant, la prima de Dora.

—¿Te refieres a Dora, la de la carnicería?

Kate sintió otra vez aquel escalofrío.

—No, Paula, se trata de Dora Thompson. Hace unos meses entró en esta casa. Ella tiene su familia en Johnsonville. Es hija de Margot, yo lo soy de Walbour y también está tío Johnny. Eran tres hermanos. Dora se vino a trabajar a Nueva York hace dos años.

—No sé de qué me hablas, chica.

—¿Quiere decir...? —La joven se interrumpió, tragando saliva— ¿que Dora no está aquí?

—Nunca hubo en esta casa una Dora y llevo trabajando en ella treinta años.

—Pero ella me dijo...

—No sé lo que te habrá dicho esa prima tuya, pero nunca estuvo trabajando aquí. Jamás, ¿lo oyes?

—Sí, señora. Pero ¿qué hago yo? ¿Cómo la busco? No conozco otra dirección suya más que ésta. ¿Y por qué me iba a engañar?

—No entiendo de eso —exclamó la cocinera, bruscamente—. Tengo mucho trabajo. No comprendo por qué te dejó entrar Emil. Ese sordomudo cada día trabaja menos, como si fuese difícil guardar una puerta teniendo a ese mastín como ayudante... Vete ya, muchacha. Estás interrumpiendo mi trabajo.

—Sí... Ya me voy... Pero ¿adónde?

—Eres muy ingenua, muchacha. Crees todo lo que te dicen, pero yo te daré una respuesta para que te expliques lo de Dora. Es corriente que ciertas muchachas de vida alegre digan que están trabajando en un sitio o en otro. Lo hacen para que su familia no se avergüence.

—¡Oh, no! Dora no es una chica de esa clase.

Kate se sentía llena de cólera. No podía permitir que nadie hablase mal de Dora. Conocía a su prima, era una muchacha magnífica. Se habían llevado como hermanas durante su niñez.

Apretó los labios y tomó su maleta.

—Usted no sabe lo que dice, Paula. No, no lo sabe.

Sin esperar una respuesta, inició el camino hacia el portón.

Estaba llegando al camino principal cuando se detuvo

recordando algo. ¡Dios mío! ¿Cómo lo había podido olvidar?

Dejó la maleta en el suelo y abrió su bolso, sacando un sobre. Del interior de éste extrajo una fotografía. Allí estaba Dora con su traje de doncella fotografiada en aquel jardín y por el borde de la fotografía se veía una parte de la casa.

Dirigió una mirada en su derredor tratando de localizar el lugar donde Dora, se había fotografiado.

Sí, era un poco más allá, a unas cinco yarda.

Allí había un roble. Tres de sus ramas componían una extraña figura, como un hombre que estuviese acuchillado. No cabía duda. Aquél era el lugar que Dora había elegido para fotografiarse con su traje de doncella, pero ¿por qué le habían dicho aquel criado y Paula que Dora nunca había estado en la casa?

De pronto sintió la sensación de que alguien estaba a su espalda.

CAPÍTULO II

Giró bruscamente.

Ante ella estaba otra vez aquel hombre, Emil, que le sonreía con la boca doblada, mostrando unos dientes manchados de nicotina.

La joven dejó escapar el aire que retenía en sus pulmones.

—Me has dado un buen susto.

El hombre no dijo nada. Siguió inmóvil, sonriendo.

—Bueno, ya me voy —dijo Kate, agachándose sobre la maleta.

Una idea cruzó por su mente.

¿Por qué no lo hacía? No perdía nada.

Todavía conservaba la fotografía de Dora en la mano. Se enderezó y acercóse al guardián.

—Quiero que veas esto, Emil.

Emil dejó escapar sonidos guturales por su garganta.

Kate le mostró la foto.

—No, Emil. No debes mirarme a mí. Es esto lo que tienes que mirar. A Dora.

Emil miró la foto. Kate estaba observando sus ojos y vio que, por unos instantes, despedían un extraño fulgor.

—Es Dora, ¿verdad que la conoces, Emil? Estuvo trabajando aquí.

Emil apartó la vista de la fotografía deteniéndola otra vez en la cara de Kate.

—Sólo tienes que hacer un signo, Emil. Dime que estoy en lo cierto, que ella trabajó aquí.

De repente, se oyó la voz de Paula.

—¿Qué estás haciendo con Emil?

Había aparecido por un lado del camino y blandía su escoba como un arma. Los músculos de su cara se habían atirantado

dándole un aspecto fiero.

Kate guardó la fotografía en el bolso.

—Sólo hablaba con Emil.

—¿Hablar? No digas tonterías. Él no puede hablar con nadie. Es sordomudo... Está así desde que nació... No te puede entender.

Kate le hubiese dicho de buena gana que Emil la había entendido perfectamente. Pero ¿y si se equivocaba? Al fin y al cabo, aquel resplandor que había creído ver en los ojos de Emil cuando le puso delante la fotografía sólo podía ser una impresión errónea.

—Ya me voy.

—Cuanto más pronto lo hagas, mejor. Y te voy a dar un consejo, pequeña. Olvídate de esta casa.

Debía olvidarse de Fletcher Manor. Eso era lo que le aconsejaba Paula.

Las manos de la cocinera apretaban con fuerza la escoba y sus nudillos tenían un matiz lechoso.

Kate volvió a alcanzar la maleta y echó a andar hacia el portón.

Se oyó el crujido de unos neumáticos y luego sonó un claxon.

Emil estaba mirando a la joven.

Paula le gritó:

—¡Emil! ¡Abre enseguida! ¿Qué te pasa? ¿Es que no lo has oído? ¡Abre!

La joven se había detenido al escuchar aquellas palabras. El gigante sacudió la cabeza y se dirigió al portón. De modo que no era sordo. Paula la había engañado. Emil oía aunque no pudiese hablar. Una persona que miente una vez, puede mentir muchas otras veces.

—¿Qué haces ahí, chica? —le gritó Paula—. Lárgate de una vez.

—Sí, señora. Ahora mismo.

—No quiero que me riñan por tu culpa. El amo no quiere ver por aquí a personas extrañas.

Kate continuó su camino. El portón había sido abierto por Emil. Un coche negro saltó como un animal herido y echó a correr por el camino hacia la casa.

Kate miró al hombre que lo conducía, pero no vio mucho de él porque cubría sus ojos con gafas oscuras.

Paula había desaparecido.

Emil había dejado de prestar atención al coche y miraba a la

joven.

—Emil, me marcharé ahora. No tienes que temer nada de mí. No voy a hacer nada malo, pero es necesario que compruebe una cosa. Tú me comprendes, ¿verdad?

El coche se había detenido ante la escalera.

La joven dejó su maleta en el suelo y echó a correr por el camino levantando las hojas secas a su paso.

Oyó el ruido de una portezuela y luego, el hombre salió del coche y empezó a subir la escalera.

—¡Señor Fletcher! —gritó Kate.

El hombre se detuvo y volvió la cabeza. Era muy alto y se cubría con un abrigo cuyo cuello estaba levantado.

Kate subió unos peldaños respirando entrecortadamente.

Vio las facciones angulosas del rostro masculino, el mentón firme, un hoyuelo bien marcado en el centro.

—¿Y bien...?

—Necesito hablar con usted.

—Pero yo no la conozco.

—Ya sé que no me conoce, señor Fletcher.

La voz de aquel hombre era aterciopelada, correcta. Kate se dijo que era un caballero. Era el dueño de Fletcher Manor. El amo.

—Está bien, señorita. ¿Quiere venir conmigo?

La puerta se abrió y apareció Cyril, el criado. Tenía una sonrisa en los labios que se heló al ver a la joven.

—¿Le está molestando, señor Fletcher?

—¿Qué quieres decir, Cyril?

—Yo se lo contaré —respondió Kate—. Estuve aquí, quiero decir que hablé con Cyril... Pero no me dio ninguna solución.

—¡Oh, se trata a eso! —Fletcher hizo una ligera inclinación señalando al hueco de la puerta—. Muy bien, pase y veremos si yo puedo dársela.

—Es usted muy amable.

Cyril se apartó para dejar franco el paso.

Fletcher entró en la casa seguido de Kate.

—Por favor, señorita, estaremos mejor en la biblioteca. Hay unos sillones confortables y si usted quiere aceptarme una invitación, beberá conmigo.

—Oh, de ninguna manera, no quiero molestar.

Pero ya Fletcher se dirigía hacia una de las pesadas puertas que había a la derecha del vestíbulo. Abrió y volvió la cabeza.

Kate no se había movido.

—¿Qué hace ahí? Vamos, entre, la estoy esperando.

La joven se movió muy aprisa.

—Como usted quiera, señor Fletcher.

Entraron en la biblioteca. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. Un gran leño ardía en la chimenea. El fondo de la estancia estaba envuelto en la penumbra, pero Kate pudo vislumbrar una historiada mesa y sobre la pared un cuadro en el que el tiempo había dejado su pátina.

Fletcher se despejó del abrigo, arrojándolo sobre un sillón de cuero. Acercóse a la mesa donde había una bandeja. Tomó un frasco de cristal de roca tallado y escanció en dos vasos.

Se acercó a la joven, entregándole uno.

Kate bebió, sintiendo que le abrasaba la garganta.

—¿Le gusta?

—Oh, sí, mucho.

—Traiga y le serviré otro.

—No. Con uno tengo bastante, señor Fletcher.

Fletcher ocupó un sillón.

—Ande, siéntese y hábleme de su problema.

Kate se sentó. Estaba realmente impresionada por aquel hombre. Nunca había encontrado a nadie tan obsequioso, tan correcto.

—Verá, señor Fletcher... He venido por Dora.

Fletcher siguió tan inmóvil en el sillón que pareció no haber oído nada.

—¿Dora? —dijo al fin.

—Sí, mi prima. Estuvo sirviendo con usted, señor Fletcher.

—Empecemos por el principio, querida. ¿Quién es usted?

—La prima de Dora, Kate Farrant. Mi padre y la madre de Dora eran hermanos. Dora y yo crecimos juntas. Yo no he tenido ninguna hermana y ella ocupó ese lugar para mí. También lo fui yo para Dora. Hace unos meses me escribió contándome lo estupendamente que se encontraba en esta casa. Me lo describió todo y también me contó cómo eran usted y la señora... A propósito, señor Fletcher: ¿cómo se encuentra su esposa de los dolores de estómago que le entraban cuando comía?

Fletcher dio un respingo en el sillón.

—¿Cómo dice, señorita?

—Dora me dijo que su mujer llevaba su enfermedad con resignación.

—¿Cuándo le escribió esa carta Dora? ¿No lo recuerda exactamente?

—Sí, estaba fechada el doce de julio. Yo la recibí el quince, que es cuando celebramos nuestra fiesta local en Johnsonville. Pero es una fiesta que no se puede comparar con las de aquí... Espero que su mujer se encuentre mucho mejor.

—Sí, señorita. Mi mujer se encuentra perfectamente. A decir verdad, su enfermedad desapareció.

—Cuánto me alegro... Noté en la carta que Dora estaba muy condolida de que le pasase eso a su mujer —la joven se inclinó hacia adelante y bajó la voz—: Oiga, señor Fletcher, sus criados no me gustan nada, me refiero a Cyril y a Paula. Emil es otra cosa, parece más simpático. ¿Por qué Cyril y Paula me han dicho que Dora no estaba aquí?

—La respuesta es sencilla, señorita. Dora no cayó simpática a ninguno de los otros criados. Me pude dar cuenta al cabo de algún tiempo. Dora no lo pudo resistir más y se marchó.

—¿Se marchó?

—Ajá —repuso el señor Fletcher, y bebió un trago de *whisky*.

—Pero ¿por qué?

—Traté de disuadirla. Dora había demostrado que nos quería mucho, sobre todo a mi mujer. Le prometí que habla seriamente con Cyril y con Paula, pero su prima Dora no me quiso escucharme. Ya había tomado su decisión y se fue.

—¿Adónde, señor Fletcher?

El señor Fletcher, que se había quedado cabizbajo, alzó su cara. Sus labios esbozaron una sonrisa.

—En aquel momento no tenía empleo. Naturalmente, es otra de las razones que quise alegar ante Dora. Le dije que si se quería marchar, lo mejor era que se asegurase antes su nuevo empleo. Pero tampoco tuve éxito. Ya conoce a Dora, es una chica muy enérgica...

—Sí, en eso tiene razón.

—Siento no poderle ser útil.

La joven dejó el vaso en la bandeja.

—Ha sido usted muy amable, señor Fletcher.

—Señorita Farrant, ¿le escribió su prima alguna otra carta después del doce de julio?

—No, ninguna.

—Se lo preguntaba por si ella le comunicaba cuáles eran sus intenciones. Ya sabe, a veces entre líneas se pueden leer muchas cosas.

—No, señor. Ya no hubo otra carta. Mientras estuvo aquí, sólo me escribió ésa. También me dijo que si yo venía a Fletcher Manor era muy posible que la señora me aceptase como doncella. Yo escribí a Dora la semana pasada dando la conformidad.

—Cuánto lo siento, Kate, pero lo cierto es que después de marcharse Dora, tomamos las dos doncellas. Justamente están acompañando a la señora en nuestra casa de campo. Ella, después de su enfermedad, necesitaba un poco de reposo —se puso en pie—. En fin, quizá Dora se cansó de la ciudad y se marchó a otro sitio. El mejor consejo que le puedo dar es que vuelva a su pueblo. Dora le escribirá algún día allí y entonces se podrán reunir.

—No, señor Fletcher. Vine decidida a quedarme en Nueva York y me voy a quedar. En mi pueblo existe un procedimiento estupendo para encontrar a una persona.

—¿Cuál?

—La policía.

Fletcher se quedó con la boca abierta.

—¿La policía?

—Sí, allá en Johnsonville nuestro *sheriff*, el señor Cameron, controla a todo el que sale y al que entra. Es lo que él dice, moviendo el cigarro que siempre tiene en la mano derecha: «A mí no se me escapa nada, ni siquiera un pelo».

La joven alzó los hombros y alargó su mano a Fletcher.

—Bueno, señor Fletcher, me alegro mucho de haberlo conocido. Desde ahora dispone de una amiga... Mi padre me enviará para Navidad embutido de Johnsonville. Es el mejor del país. Quizá me acerque por aquí en Nochebuena para regalarle un poco... Ya verá como le gusta.

Fletcher estrechó la diestra de la joven.

—Es usted muy generosa, señorita.

—Hasta la vista.

La joven echó a andar hacia la puerta.

—Espere, Kate.

La joven se volvió y vio que Fletcher se estaba pellizcando pensativo la barbilla.

—Sí, creo que ahora lo recuerdo perfectamente.

—¿Qué es lo que recuerda, señor Fletcher?

—¿Cómo lo he podido olvidar? —Fletcher hizo chasquear los dedos—. Dora me dijo que se hospedaría en el hotel Ventura, en la calle Falcom, en el Bowery, hasta que encontrase trabajo —caminó hacia ella, sonriendo—. ¿Ve usted? Ya lo tiene solucionado. Cuando llegue allí, le dirán dónde puede encontrar a Dora. De marchó de aquí el 12 de octubre.

—Dios mío, señor Fletcher... Me quita usted un peso de encima. Hotel Ventura, calle Falcom, Bowery.

—Eso es.

—Voy ahora mismo allí. Le repito mi agradecimiento, señor Fletcher —abrió la puerta—. Ah, y no se me olvidará el embutido.

Fletcher vio cómo la puerta se cerraba tras la joven. Luego acercóse a la ventana y miró fuera. Vio salir a Kate y dirigirse por el camino hacia el portón. Oyó pasos a su espalda.

—¿Lo escuchaste todo, Tony? —preguntó al hombre rubio, delgado, de unos veintiocho años, que había entrado en la estancia.

—Sí, no me perdí una sola palabra y no le comprendo, señor Fletcher. Podíamos habernos encargado de ella. Sin embargo, la ha dejado marchar.

—Te dije una vez que tenías un gravísimo defecto, Tony. Empleas los mismos procedimientos con distintas personas y eso no es sensato. Cada persona requiere un trato distinto.

—Ya oyó a la muchacha. Piensa recurrir a la policía.

—No recurriré, Tony, no recurriré... Pero hay algo imperdonable.

—¿El qué?

—La carta que escribió ella. Tú eres mi secretario, Tony. ¿Cómo no me has hablado de la carta que esa joven escribió a Dora la semana pasada?

—Yo no he recibido ninguna carta, pero enseguida tendré una respuesta con respecto a ese asunto.

Tony salió de la estancia y Fletcher volvió a mirar por la

ventana.

Emil estaba abriendo el portón para que Kate saliese. La joven dio la mano a aquel estúpido grandullón y éste se la estrechó con mucho entusiasmo. Kate desapareció por la derecha de la puerta enrejada.

Fletcher se llegó hasta la bandeja y escanció una nueva ración de *whisky*. Encendió un cigarrillo. Al cabo de un rato, Tony regresó a la biblioteca.

—Ya está todo aclarado, señor Fletcher. Fue Paula. Ya sabe que odiaba a Dora. Al llegar la carta quiso saber quién le escribía y se quedó con ella. Luego olvidó entregármela. Hizo todo lo posible para que la muchacha se marchase sin entrar en la casa. Esa cocinera es una estúpida. Siempre me he de ocupar yo de todo...

—Bueno, Tony, creo que estamos concediendo demasiada importancia a esa campesina. Dentro de un rato habrá dejado de molestarnos.

CAPÍTULO III

Kate penetró en el Ventura.

Arrugó la nariz al notar que la atmósfera estaba impregnada por un olor desagradable. Dora había elegido un lugar muy poco apropiado para hospedarse después que salió de Fletcher Manor.

En el vestíbulo había una alfombra raída.

A la derecha estaba el registro, atendido por un hombre de frente abombada y nariz torcida.

La escalera estaba al fondo, cubierta por una alfombra tan gastada como la del vestíbulo.

—Buenos días —saludó, acercándose al registro.

—¿Habitación, preciosa? Tenemos una con vistas a la calle Falcom.

Kate se dijo que por nada del mundo alquilaría aquella habitación. La calle Falcom no tenía nada que ver. La había recorrido en un buen trozo, porque el conductor del taxi que la llevó allí no pudo pasar debido a un embotellamiento, y Kate había contado en su camino dos almacenes, una tienda que vendía paraguas y veintitrés bares.

—Todavía no sé si me quedaré... Buscó a Dora Thompson. Se hospedó aquí el 12 de octubre.

—¿Dora Thompson? Oh, sí, ahora recuerdo. Una muchacha rubia de unos veintitrés o veinticuatro años, muy bonita, con un lunar bajo la oreja derecha.

—Exacto. Está describiendo a Dora.

En aquel momento se oyó una voz por lo alto de la escalera:

—¡Eh, Clifford! ¿En qué clase de pocilga se me ocurrió meterme? ¡Ven aquí enseguida!

—Lo siento, señor Stanley, pero estoy atendiendo a un cliente.

—¿A otro desgraciado que se le ha ocurrido dejarse caer por aquí? Quienquiera que sea usted, dé la vuelta y salga de este agujero...

Kate miraba la escalera, pero no veía a nadie.

Clifford danzaba nerviosamente por la otra parte del mostrador.

—Tenga un poco de paciencia, señor Stanley. En cuanto atienda al cliente, subiré enseguida.

—¿Paciencia? Pero ¿qué te crees que hago, Clifford? Desde que me dejé caer por este hotel hace seis meses he sido más paciente que el propio Job. Pero ya estoy hasta las narices. El grifo gotea, las paredes rezuman humedad... Las sábanas no han sido cambiadas...

—Tranquilícese un poco, señor Stanley.

—¿Quieres que te atrape por el cuello? Muy bien, lo vas a conseguir.

Se oyeron unos pasos por la escalera y Kate vio aparecer a un joven en paños menores.

El señor Stanley se detuvo al ver a la joven allí. Era de cabello rubio, algo, bien constituido.

—Caramba, una dama —dijo—. Entonces le daré otro consejo. Huya de esta casa, muchacha, y del barrio. Es el Bowery. La contaminarían y no habrá desinfección en el mundo capaz de limpiarla... ¡Clifford!

—A la orden, señor Stanley.

—En cuanto termines con la señorita, sube como un rayo o bajaré yo.

—Sí, señor.

Stanley tosió suavemente e hizo una reverencia.

—Celebro haberla conocido, señorita.

Inmediatamente, dio media vuelta y desapareció en lo alto.

—Parece simpático —dijo Kate.

Clifford dio un bufido.

—No hace más que protestar del hotel, pero nunca se va. Bueno, hablemos de lo que a usted le interesa, de esa Dora. Ya le he dicho que la recordaba, pero se marchó. Sólo estuvo aquí dos noches, señorita.

—¿Adónde fue?

—¿Cree usted que estoy aquí para preguntar a cada huésped donde va antes de largarse del hotel?

—Quizá Dora se lo dijo sin necesidad de que le preguntase.

—No... Espere un momento... Claro que me lo dijo. Tiene usted razón. Era una chica bastante agradable.

La joven esbozó una sonrisa y atrapó la maleta.

—¿Adónde he de ir?

—A Los Ángeles.

—¿Es alguna calle de esta ciudad?

—No. Los Ángeles es la ciudad del estado de California.

—¿Que Dora se fue a...?

La joven se interrumpió, y ya para entonces había borrado la sonrisa de sus labios.

—Sí, señorita, y agregó otra cosa. Quería meterse en el cine. Quizá usted sepa que Hollywood está al lado de Los Ángeles... Bueno, yo le dije que no era mala idea. Otras con peor palmito que el de ella han tenido una oportunidad. Su prima tenía un buen físico. Sí, señorita, lo tenía... Bonita cara, buena fachada... Todo de primera calidad —miró a su interlocutora de arriba abajo—. ¿Sabe que usted no está nada mal? Si yo estuviese en su lugar, me iría a Los Ángeles. Seguro que Dora ha tenido suerte. Me pareció una de esas chicas tan listas como el hambre. Apuesto a que al lado de su prima Dora consigue ser una estrella famosa.

—Muchas gracias, Clifford.

—Entonces, se va a Los Ángeles.

—¿Cuánto dinero es necesario para llegar allí?

—Si se administra bien, con unos quinientos tendrá bastante. Puede viajar en tren y en autobús.

—Entonces tendré bastante, aunque me sobrará muy poco.

—No tiene que preocuparse por nada. En el momento en que llegue, Dora se ocupará de usted.

—Eso espero —dijo Kate—. Adiós.

—Que tenga suerte, señorita.

Kate salió del hotel y echó a andar por la acera.

Estaba triste. Encontrar a su prima Dora se había convertido en un verdadero problema.

De repente, se detuvo. Un pensamiento de duda se había adueñado de su cerebro, pero no sabía a qué atribuirlo. Algo había allí que fallaba.

Entró en el primer bar que encontró en su camino y ocupó una

mesa. Un mozo de cabello rojizo, revuelto, se llegó ante ella.

—Si busca a Jimmy el Largo, todavía no ha venido.

—¿Eh?

—He dicho que Jimmy el Largo, todavía no está aquí. Tendrás que esperar un rato. El servicio corre por cuenta de la casa, pero no te pases, nena. Café con bollos o una hamburguesa con cerveza. Ése es el trato de Jimmy. Todo gratis.

Kate sólo comprendía una cosa de lo que decía aquel hombre: que podía calentar su estómago sin necesidad de gastar dinero. Eso era bueno. Tenía que ahorrar para poder llegar a Los Ángeles.

—Elijo la hamburguesa y la cerveza.

—Sí, nena, ahora mismo lo traigo. Oyes, ¿sabes que estás muy bien? Ese Jimmy el Largo, cada vez trae mejor género. Recuerda este nombre: Eddie. Soy yo.

El mozo se alejó de la mesa.

Cuando quedó sola, Kate se puso a pensar otra vez en todo lo que le había ocurrido en Nueva York desde su llegada. Habían transcurrido muy pocas horas, pero la verdad es que ya podía escribir una historia.

Otra vez se veía entrando en Fletcher Manor y por su mente pasaron aquellas escenas con el mudo, Cyril, Paula, con el señor Fletcher. Luego, su visita al hotel Ventura, Clifford...

¡Claro que sí! Ella no le había dicho a Clifford que estuviese buscando a su prima. Sólo le había dicho que buscaba a Dora Thompson. El lazo de parentesco se lo había callado, y, sin embargo, Clifford le había hablado de «su prima» Dora.

¿Cómo sabía Clifford que ella y Dora eran primas? Su primer impulso fue levantarse de la silla y regresar al hotel Ventura, pero ¿qué le iba a contestar Clifford? Naturalmente, le diría que Dora le había informado acerca de su prima Kate que vivía en Johnsonville, Illinois.

—Tu hamburguesa y la cerveza, nena —interrumpió sus pensamientos Eddie.

Tras dejar el servicio en la mesa, el mozo se agachó sobre ella.

—¿Recuerdas mi nombre?

—Sí, se llama Eddie.

—Magnífico, pequeña. Tú y yo vamos a ligar. Fue una corazonada que tuve apenas te vi. Ya hablaré contigo luego. Ahora

no quiero que me vea Jimmy el Largo... ¿Sabes lo que haremos? Cuando Jimmy se aleje de tu lado, me dirás tu dirección. Jimmy te la dará enseguida. Tú me la pasas a mí y ya verás cómo quedas contenta con Eddie.

Kate movió la cabeza inconscientemente. No escuchaba al mozo. Se estaba preguntando dónde estaría Dora. ¿Por qué Clifford le había dicho que su prima se había ido a Los Ángeles? ¿Sería cierto...? ¡Oh, no! Si Dora hubiese tenido esa idea, le habría escrito comunicándoselo.

Empezó a comer el bocadillo. De vez en cuando bebía un trago de cerveza.

—¿Quién te envía? —Oyó una voz.

Alzó los ojos y vio delante de la mesa un hombre con aspecto de gánster de película. Se cubría con camisa oscura, corbata blanca y sombrero de fieltro muy echado sobre la nuca, cara de pómulos altos y de mejillas hundidas.

—Caramba, eres bonita... Sí, señor, lo eres... Espera, no me digas nada... Lo acertaré. Te manda Elmer el Búho...

—No, señor.

—Bueno, la verdad es que Elmer nunca fue un especialista en pelirrojas... Lo suyo son las rubias... Ya lo sé... Barton el Espigado, y vienes de Omaha. Tú eres la nena que ha estado con él durante un par de años. Te sacó de un apuro y te lo hizo pagar... Ese condenado tiene buen ojo clínico.

—Oiga, para que no continúe haciendo conjeturas, le diré que soy Kate Farrant, vengo de Johnsonville y no me envía nadie. Vine por mi propio pie.

—¡Eh! ¿Qué broma es ésta?

—Usted debe ser Jimmy el Largo.

—Sí.

—Celebro que haya venido. Le doy muchas gracias por su invitación. Pero, oiga, usted no es tan largo... No debe medir más de uno sesenta y siete.

—Una graciosa, ¿eh?

La joven había terminado su bocadillo y se puso en pie, estirándose la falda por las caderas.

—Bueno, Jimmy el Largo, se me hace tarde. Hasta otro día.

Jimmy estaba asombrado. Vio que la joven atrapaba una maleta

y se dirigía hacia la puerta.

Tomó de un brazo a la pelirroja y tiró violentamente de ella obligándola a dar una vuelta.

La joven dio un grito.

—¡Eh! Que el brazo es mío.

—Oye, nena, si no te envía nadie, es lo mismo. He de cobrarme el servicio.

—Está bien. Si quiere que pague lo que comí, lo haré, pero aparte su garra de mi brazo.

—¿Sabes que me estás gustando?

—¿Sabe usted que a mí no?

Jimmy soltó una risotada.

—Me gustan las mujeres con sangre en las venas como tú.

—Le repito que me suelte.

—No tengas tanta prisa. Cuando Jimmy el Largo, dice que una mujer se quede, ha de quedarse. ¿Lo vas entendiendo? Te diré una cosa. Hay centenares de mujeres en esta ciudad que darían años de su vida porque les dijese lo que te estoy diciendo a ti.

—Pues vaya a decírselo a cualquiera de ellas porque a mí me importa un rábano.

—Más graciosa todavía... Oye, nena, estás hecha con sal... Anda, dame un beso y demuestra a los mirones que tú y yo vamos a caminar juntos una temporada.

—Con usted yo no iría ni a la esquina.

Jimmy la miró a los ojos fijamente y sacudió la cabeza.

—Creo que ya voy entendiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—Eres de las que les gusta que las sacudan.

—¿Qué dice?

—No te preocupes, nena. También a mí me viene bien de vez en cuando sentar la mano encima de una muchacha como tú.

—Usted está chiflado. Sólo quiero marcharme, apartarme de usted. Pagaré el importe de mi consumición en el mostrador y haré como si no lo hubiese conocido. ¿Está bien así?

—No.

De pronto, llegó una voz por la derecha:

—¿Por qué no, Jimmy?

Kate quedó perpleja, porque el hombre que acababa de

intervenir era el señor Stanley, el rubio que había visto en paños menores en el hotel Ventura. Pero ahora estaba vestido con un traje gris, camisa blanca y corbata azul.

—Oye, Lance —dijo Jimmy—, te advertí un par de veces que no te metieras en mis asuntos.

—Es lo que estoy haciendo. Esa chica no forma parte de tu negocio. He oído algo del diálogo y me he dado cuenta de que se trata de una confusión. Si la dejas marchar, como yo quiero, no me habré entrometido en ninguno de tus asuntos.

Jimmy el Largo, hizo una mueca.

—Soy yo quien decide qué asunto es mío.

Stanley se apoyó en la pared e hizo chasquear la lengua.

—Jimmy, tú y yo nunca nos entendimos, pero ahora estamos más en desacuerdo que nunca.

—Sólo existe una solución, Lance: que te largues de aquí y me dejes en paz.

—Estupendo. Es lo que pienso hacer. Sólo entré para beber un *whisky*. Deja marchar a la chica y luego me voy yo. Todo quedará como antes.

—No lo haré como tú quieres, Lance. Las cosas ocurrirán así. Tú te largas y la nena y yo nos quedaremos hablando de nuestras cosas.

—No tienes nada que hablar con ella, Jimmy. Absolutamente nada.

Media docena de curiosos que escuchaban aquel diálogo habían interrumpido hasta la respiración. Todos poseían una catadura parecida a la de Jimmy el Largo.

—Lance, también te dije una vez que no jugases con fuego y yo llamo jugar con fuego a enfrentarse conmigo. Otros lo han hecho antes que tú, y, ¿sabes dónde están?

—Sí, lo sé. En el fondo del río, aunque nunca se ha podido probar nada.

Jimmy el Largo dejó escapar una risita por entre los dientes.

—Anda, muchacho, vete y habrás hecho tu mejor negocio del día.

Lance Stanley respiró profundamente y se apartó de la pared.

—Déjala, Jimmy.

Jimmy dejó libre a la joven, pero se quedó quieto donde estaba.

—Me la vas a pagar de una vez por todas, Lance —dijo con voz

ominosa.

Lance se dirigió a la joven:

—¿Qué hace aquí? Muévete de una vez. Lárgate por la puerta.

—Sí, señor, ahora mismo me voy.

—Date prisa.

La joven corrió con la maleta hacia la calle.

—¡Oh! —dijo, deteniéndose—. No he pagado.

—Yo lo haré por ti —dijo Lance.

—Sí, señor —repuso Kate, y salió del local.

Jimmy el Largo, golpeó con el puño derecho contra la palma de la otra mano, mientras se balanceaba sobre la punta de los pies.

—¿Lo habéis visto, muchachos? Nuestro amigo Lance se levantó hoy sintiéndose con madera de héroe... Sí, compañeros, Lance se miró al espejo y se dijo: «Hoy tengo que hacer una sonada» —rompió a reír con estridencia—. Y palabra que lo está consiguiendo. Sí, Lance, puedes sentirte satisfecho.

Jimmy miró a los hombres que reían sus palabras. Pero sólo era una estratagema.



Le lanzó un fuerte directo y...

Disparó su puño derecho contra la cara de Stanley.

Ocurrió algo con lo que no había contado. Lance dobló la cabeza haciendo fallar el golpe y replicó con un terrible zurdazo.

Jimmy, alcanzado en el estómago, se levantó en el aire unas pulgadas. Fue un mal movimiento para él porque se inclinó demasiado y la derecha de Lance golpeó contra su boca.

Volcó una mesa y cayó desparramado en el suelo.

Los clientes del bar habían dejado de reír y miraban asombrados al caído.

La pelea había empezado y concluido en un tiempo récord.

Jimmy el Largo se movía débilmente en el suelo y por sus labios escapaban gemidos.

Lance Stanley lo apuntó con el dedo.

—Óyeme bien esto, Jimmy. Siempre me has dado asco y por ello no he querido relacionarme contigo. Es mejor para los dos que continúen las cosas así. Si intentas el desquite juro que vas a recibir un escarmiento mucho mayor.

Inmediatamente se dirigió hacia la puerta. En el camino sacó unas monedas del bolsillo y las lanzó a Eddie, el mozo que estaba con la boca abierta.

Una vez en la calle, Lance se arregló el sombrero sobre la cabeza y echó a andar por la acera.

Un chiquillo que vendía diarios le salió al encuentro.

—Hola, Lance.

Stanley le puso la gorra del revés.

—¿Cómo está Rose?

—Mucho mejor. Mi hermana dice que hace muchos días que no pasas a verla.

—Tuve mucho trabajo últimamente, pero un día de éstos me dejaré caer por tu casa. Díselo de mi parte.

Le atrapó un diario y le dio una moneda de a dólar.

—¡Eh, Lance! La vuelta.

—Cómprale una flores a Rose.

—Gracias, Lance.

Lance se dirigió una sonrisa y continuó su camino mientras desparramaba la mirada por la primera página del diario.

Se había alejado unas cien yardas del bar donde había peleado con Jimmy cuando sintió una extraña sensación. La de que lo seguían.

Se detuvo ante un escaparate y se puso a mirar los zapatos que se exhibían en el interior. Luego miró los suyos y eso le sirvió para observar a su alrededor por el rabillo del ojo. Entonces la vio. Era la muchacha que había conocido en el hotel Ventura, la que había librado de Jimmy el Largo.

Comprobada la identidad del seguidor, continuó su camino.

Al llegar ante un kiosco de periódicos, dio la vuelta rápidamente y se detuvo.

Vio llegar a Kate y entonces se deslizó hasta su espalda.

La joven se puso a saltar por entre los peatones buscando a Lance, y entonces él le tocó el hombro por detrás.

Kate se volvió, y al ver a Lance con los brazos cruzados ante ella, sonrió.

—Caramba, qué pequeño es el mundo, ¿verdad, señor Lance? Ésta es la tercera vez que nos encontramos hoy.

—Sí, es posible que sea tan pequeño que sigamos el mismo camino.

—Es posible, ¿verdad?

—¿Adónde vas tú?

—Pues... por ahí...

Lance se rascó la cabeza.

—Oye, nena, aclaremos las cosas de una vez. Te defendí de Jimmy el Largo porque es un mal bicho y tú no tenías nada que ver con él.

—Claro que no.

—Tú me estarás muy agradecida porque te saqué del atolladero. Pero quiero decirte una cosa. No tuvo la menor importancia. Lo habría hecho por cualquier otra muchacha. No tienes que agradecerme nada, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Todo quedó solucionado. Ahora tú sigues tu camino y yo el mío.

—¿Qué inconveniente hay en que vayamos juntos a alguna parte?

—¿Eh?

—Lo puedo invitar a almorzar. Yo tengo hambre. ¿Y usted?

—¿Cuál es tu nombre?

—Kate.

—Muy bien, Kate. Yo tengo mi trabajo y no puedo entretenerme ahora en almorzar. Sé que lo haces por agradecimiento, pero ya te he dicho que es como si estuviésemos a la par. Y por si has pensado en otra cosa, no eres mi tipo.

—No, ¿eh?

—No, señor, no lo eres. Y de eso yo no tengo la culpa. Me gustan rubias y más esbeltas.

—De modo que tiene una de éstas...

—Sí, la tengo y estoy contento con ella. No la cambio por nada.

—Oiga, usted cree que lo sabe todo. Pues se equivoca. Usted no me interesa en el sentido que cree. Por mí puede continuar con su esbelta rubia todo el tiempo que quiera. Es cierto que le estoy agradecida por el favor que me ha hecho, pero tampoco le ha seguido para lamerle la mano.

—De modo que Jimmy el Largo tenía razón.

—¿En qué tenía razón Jimmy el Largo? Cuidado, no se vaya a equivocar usted también.

—Me refiero a que Jimmy te tomó cariño porque eres contestona. Sí, eres de las que no saben callar... Siempre con una respuesta a flor de labios, ¿no es así?

—¿Qué se cree? ¿Que me voy a achicar porque me grite un chico de ciudad? Yo también tengo mis derechos.

Lance se pasó una mano por la cara. Aquella mujer lo estaba sacando de sus casillas. ¿Por qué infiernos estaba dándole cuerda al asunto y no terminaba de una vez?

—Sólo quería pedirle su colaboración, señor Stanley.

—¿Mi colaboración?

—Estoy buscando a mi prima Dora. Según me dijeron estuvo alojada en el hotel Ventura. Fue el doce de octubre. Usted entonces estaba allí porque le oí decir que llevaba seis meses.

—Sí, es cierto.

—Pues ahí lo tiene. Sólo quiero que me hable de Dora.

Stanley hizo un gesto afirmativo.

—Corriente, nena. Pero ¿sabes una cosa? Tengo hambre. Vamos a almorzar.

—Estupendo.

—No tan deprisa —dijo él, tomándola del brazo, porque Kate ya había empezado a andar.

—¿Qué le pasa ahora? —dijo Kate, agresiva.

—Cuando almuerzo con una mujer pago yo, si tengo dinero, ¿lo entiendes? Y ahora lo tengo.

—Sí, señor.

—Y un demonio. Deja de llamarme señor. Soy Lance, Lance

Stanley.

—Sí, Lance.

CAPÍTULO IV

—¿Cómo es Dora? —preguntó Lance Stanley, mientras esperaban que les trajesen el servicio.

Kate dio su descripción.

—¿Y dices que se alojó el doce de octubre en el hotel?

—Sí.

Lance se quedó pensativo un rato.

—No, no creo haberla visto, pero si sólo estuvo dos días, es lógico que no la viese. Yo sólo duermo allí, ¿lo entiendes?

La joven se sintió decepcionada.

—Pensé que la habías conocido... Es todo tan extraño...

—¿Qué es lo extraño?

—Temo que a Dora le haya ocurrido algo malo.

—¿Tiene que ver con ella Jimmy el Largo?

—No, no lo creo, pero pienso que Dora nunca estuvo alojada en ese hotel.

—¿En qué quedamos?

—Clifford me ha engañado.

—Oye, muchacha, ¿por qué no empiezas por el principio?

—Sí, quizá sea lo mejor —asintió la joven.

Hizo un relato a Stanley de todo lo que le había sucedido desde su llegada a Nueva York.

Entretanto, el mozo llegó con el servicio y los dos se pusieron a comer porque tenían apetito. Luego tomaron café y Lance ofreció a Kate un cigarrillo.

—No, gracias, no fumo.

Kate terminó su relato y Lance se quedó pensativo.

—Tal como lo cuentas, parece que te has metido en la casa de los monstruos. Me refiero a Fletcher Manor, el guardián

supuestamente sordomudo que luego resulta que oye, el criado de los ojos saltones, la cocinera de gesto fiero y el misterioso señor Fletcher, con sus gafas ahumadas.

—Oh, no me metas en eso al señor Fletcher. Es una buena persona.

—Sin embargo, él fue quien te dijo que Dora habló de alojarse en el hotel Ventura y tú tienes la impresión de que Clifford te engañó, que Dora nunca estuvo allí.

—No le dije a Clifford que estuviese buscando a mi prima, sino simplemente a Dora Thompson. ¿No te parece eso sospechoso?

—Sabré enseguida si Clifford te ha engañado.

—¿De qué forma?

—Acogotándolo.

—¡Oh, no, Lance! No puedes matarlo por eso.

—¿Quién ha dicho que lo voy a matar?

Stanley se puso en pie, y cuando ella fue a imitarlo, él le puso una mano en el hombro, impidiéndoselo.

—Tú te quedarás aquí. Me llegaré al hotel, ajustaré las cuentas a Clifford y vendré a informarte.

—Como tú quieras, Lance.

Lance le pegó una palmada en la mejilla.

—Encontraremos a tu prima, no te preocupes.

Minutos más tarde, Lance penetraba en el hotel Ventura.

Clifford estaba leyendo un diario.

—¿Usted por aquí, señor Stanley? ¿Se le olvidó algo?

—Sí, Clifford. Me olvidé preguntarte por la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—La que estaba en el registro cuando yo aparecí con uniforme deportista.

—Ya entiendo... La pelirroja... Buen tipo, ¿eh? Lástima que no se quedase.

—¿Se marchó? Te hice una mala propaganda, Clifford.

—Sí, señor. Tiene usted mal genio, señor Stanley.

—Ahora recuerdo que ella estaba preguntando por alguien...

Los ojos de Clifford se entornaron.

—¿Buscaba a alguien? —repitió.

—Sí, a su prima. ¿Cómo se llama...? ¡Oh, sí! Dora.

Clifford se mojó los labios con la lengua.

—Sí, estuvo aquí, pero se marchó a Los Ángeles. Es lo que le dije a la señorita Farrant.

—¿Quién te paga, Clifford?

—¿Eh?

—Alguien te untó con manteca para que le colocases la fábula a la pelirroja.

—¿Qué está diciendo, señor Stanley? Soy un hombre honrado.

—Sí, Clifford, tú eres un hombre honrado como yo soy bombero. Nunca me gustó más fuego que el que brota del pecho de una mujer.

—Fue una buena ocurrencia —rió Clifford, forzadamente—. Siempre he dicho que usted dice los mejores chistes.

—Te voy a contar el último.

—Sí, señor Stanley. Apuesto a que es estupendo.

—Te voy a romper las narices, Clifford —Stanley se quedó mirando la cara de Clifford.

—No está hablando en serio, señor Stanley.

Lance lo atrapó por el cuello y dio un tirón.

La barbilla de Clifford golpeó contra el tablero.

—¡Cuidado, señor Stanley! ¡A un primo mío le saltaron las vértebras cuando lo abrazó Ben el Asesino!

—También van a saltar las tuyas si no cantas pronto. ¿Se alojó aquí Dora Thompson?

—Sí, señor.

Lance apretó más.

—¡No, señor!

—Nunca la viste, ¿verdad, Clifford?

—No, señor. Nunca la vi.

—Ahora empezamos a entendernos.

—Hay veinticinco dólares para usted, señor Stanley... Soy generoso, ¿verdad?

—¿Cuánto te dieron?

—Cincuenta. La mitad para usted...

—¿Cuánto, Clifford?

—¡Cien!

—¿Es que quieres que te parta el cuello?

—Le juro que fueron cien dólares.

—¿Quién te los dio?

—Usted no lo conoce.

—Quiero conocerlo ahora.

—Se va a meter en un lío. Es un tipo peligroso, señor Stanley, usa pistola y cuchillo...

—Su nombre.

—Bertie Rawson.

—¿Es que quieres que te arranque las palabras una a una, maldita sea? Habla de una vez... Cuenta lo que ha pasado.

—Bertie llegó aquí con unos quince minutos antes de que apareciese la pelirroja... Me dijo que él era Papá Noel y que me quería hacer un regalo... Yo conozco a Bertie y sé que no regala nada, de modo que me dije que quería algo de mí. Cuando Bertie quiere algo de una persona, es mejor que se vaya al Polo Sur porque puede estar segura de que se trata de algo ilegal. Por eso le contesté que se marchara al infierno.

—Abrevia, Clifford.

—Cualquiera le entiende a usted, señor Stanley. Primero me dice que hablo poco y luego que hablo demasiado...

—Bertie te convenció de que se trataba de algo que no estaba fuera de la ley...

—A pesar de eso yo no lo creí, y entonces fue cuando sacó un fajo de billetes. Los conté. Eran cien dólares. Me dijo que apenas tendría que trabajar para ganármelos. Vendría una pelirroja cuyo nombre era Kate Farrant. Sólo se llegaría al hotel para preguntar por su prima Dora Thompson. Yo tenía que decirle a la muchacha que Dora se había hospedado en el hotel el doce de octubre, que sólo permaneció dos días en su habitación y que, al despedirse, dijo que se largaba a Los Ángeles. Debía convencer a la muchacha de que la historia era verídica... Ahí lo tiene todo, señor Stanley.

—¿Por qué quería Bertie que engañases a la muchacha?

—Se lo pregunté, pero no me lo quiso decir.

—¿Para quién trabaja Bertie?

—Eso no se lo pregunté porque conozco a Bertie y no me lo hubiera dicho.

—Me estás engañando —dijo Lance y volvió a tirar de la cabeza de Clifford.

—Cuidado, señor Stanley, que me desnucan...

—¡Quiero la verdad!

—Se la he dicho toda... Se lo juro, señor Stanley. No le he engañado. Estuve pensando en el encargo de Bertie y llegué a la conclusión de que no se trataba de nada malo.

—Descríbeme a Bertie.

—Está por los treinta años y es alto, de mediana estatura, rollizo, frente ancha y nariz chata.

—¿Dónde lo puedo encontrar a este momento?

—Va por muchos sitios.

—Vamos, suéltalo. Tú sabes dónde puedo atraparlo.

—Lléguese a los billares de Mike Carotenuto.

—Supón que no lo encuentro allí.

—Él vive en un apartamento de la calle Hunter. No recuerdo el número. Está al lado de un bar que se llama Orchid. Es la habitación número dieciocho, en la última planta.

Stanley dejó libre a Clifford, el cual retrocedió tambaleándose y se puso a frotarse el cuello.

—Señor Stanley, ha podido matarme.

—Tú has tenido la culpa por aceptar el trabajo de un bastardo.

—¿Qué va a hacer, señor Stanley?

—Voy a hablar con ese tipo. Pero escúchame bien —lo señaló con el dedo—. No me la juegues. Si anuncias a Bertie mi visita, te juro que vas a preocuparte mucho más de tu cuello.

—Descuide, señor Stanley. Me aparto del asunto. Pero por lo que más quiera, no le diga a Bertie que le he dado el soplo.

—Sé guardar un secreto.

—Estoy pensando que Bertie creará de todas formas que he sido yo.

—No te preocupes. Cuando haya terminado con Bertie, no le quedarán ganas para molestarte.

Lance salió del hotel y tomó un taxi, dando al conductor la dirección de los billares de Mike Carotenuto.

No despidió al taxi y se metió en el local.

A aquellas horas había poca clientela. Observó atentamente a todos los tipos, pero entre ellos no se encontraba Bertie Rawson.

Acercóse a un empleado a quien conocía.

—Hola, Wade, busco a Bertie Rawson.

—No sabía que tú y él fueseis amigos.

—Yo tampoco.

—Ya comprendo, te hizo una faena y ahora quieres ajustar las cuentas.

—Un poco de eso.

—Ten cuidado. Bertie es una fiera de la jungla.

—¿No se lima las uñas? Quizá lo haga yo.

—Hoy no vino por aquí y es extraño. Siempre se da una vuelta a la hora del almuerzo.

—¿Cuál es su especialidad?

—No le hace ascos a nada, si puede sacar un dólar.

—Me gustaría encontrarlo cuanto antes.

—Déjate caer por su apartamento.

—No conozco su dirección.

—Calle Hunter, 292, pero no le digas que te envió yo.

Stanley había hablado con Wade para confirmar la dirección de Bertie. Ya nada tenía que hacer allí. Se despidió de Wade, y poco después el taxi corría en dirección a la calle Hunter.

Dio orden al conductor de que se detuviese un poco antes de llegar al 292 y lo despidió.

Subió por una empinada escalera oliendo a pitanza.

Un gato maulló en uno de los rellanos mientras lo miraba con ojos fosforescentes.

No se entretuvo en llamar a la puerta de Bertie. Hizo girar el tirador y pasó al apartamento.

Bertie Rawson colgaba del techo con la lengua fuera.

CAPÍTULO V

Kate seguía esperando en el restaurante donde había almorzado con Lance Stanley.

Ya había transcurrido casi una hora desde la marcha de Stanley y empezaba a ponerse nerviosa.

Estaba mirando la puerta cuando vio entrar un hombre, el cual se detuvo en el vestíbulo desparramando la mirada por el local. Al descubrirla en la mesa, echó a andar hacia ella.

—¿Es usted Kate Farrant?

—Sí —dijo Kate mirando al hombre que había delante de ella de unos treinta y cinco años, fornido, rostro de facciones apacibles.

—Lo siento, pero le traigo una mala noticia.

—¿A qué se refiere?

—Usted es amiga de un muchacho llamado Lande Stanley.

—Sí, lo conozco.

—Ha sufrido un grave accidente.

—¡Dios mío!

—Iba cruzando la calle y un coche se le echó encima.

—¿Está muerto...? —Kate tragó saliva.

—Cuando yo le dejé, todavía estaba vivo. Sólo pronunció unas palabras. Quería hablar con usted. Se lo llevaron al hospital en una ambulancia. Yo pasaba por allí y... Bueno, fui la persona que él eligió para darle el mensaje. Agregó dónde la podía encontrar.

—Vamos deprisa —exclamó la joven.

—Yo me ocuparé de la maleta —dijo su informante—. Tengo un coche esperando fuera.

El coche era negro y al volante había un hombre cuyo cuello y nuca formaba un solo plano.

Apenas Kate y su acompañante ocuparon el asiento posterior, el

coche arrancó con fuerza.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Kate.

—Clen

O'Hara.

—Gracias por haberme avisado, señor

O'Hara.

—No tuvo importancia. Estamos en el mundo para ayudarnos unos a otros.

Kate observó las mejillas sonrosadas de

O'Hara,

sus ojos que brillaban dulcemente. Todo ellos le hizo recordar la oveja que su tío Johnny le había regalado cuando cumplió los dieciocho años. La llamaba «Popea».

—Oiga, señor

O'Hara,

¿qué le hizo el coche a Stanley?

—Le pasó por encima.

—¿Por encima?

—Completamente.

—¿Un coche corriente?

—No.

—¿Quiere decir que fue un camión...?

—Sí, señorita. El pobre quedó helado. Era un camión frigorífico y además olía mal... Iba lleno de pescado.

El hombre del cogote plano ladeó ligeramente la cabeza.

—Hoy irán los langostinos más caros.

—Pobre Lance —murmuró Kate—. Tan joven... Tan lleno de vida...

—No somos nada —dijo

O'Hara

dando un suspiro—. Hoy estamos alegres, chistosos, y de pronto zas, se te cruza una bala en el camino y te revienta.

—¿Una bala?

—Quise decir un camión.

—¿Cree que llegaremos a tiempo? ¿Por qué va tan despacio su amigo?

—Eh, Luke, la chica tiene prisa; aprieta a fondo el acelerador.

—¿Es que quieres que nos peguemos nosotros también un

tortazo? ¿De qué nos vale correr? Cuando lleguemos, el muchacho ya habrá cerrado el grifo.

Kate recordó en qué circunstancias había conocido a Lance. Protestaba porque el grifo le goteaba y ahora se la iban a cerrar... y para siempre. Pero ¿en qué cosas estaba pensando?

El coche corría más porque el tráfico había disminuido mucho. Se veían muy pocas casa.

—¿Cómo se les ha ocurrido llevarle a un hospital que está tan lejos...? —exclamó Kate—. Dios mío, se habrá desangrado...

—Sí, señor —convino Cogote Plano—. Se habrá convertido en una tripa vacía...

—No le haga caso, señorita Farrant —repuso O'Hara

—. Mi amigo es muy dado a los chistes. Es cierto que lo llevaron un poco lejos, pero le falta saber una cosa. Dentro de la ambulancia llevaban un caballo.

—¿Un caballo?

—Sí, para las transfusiones urgentes. La sangre de caballos es la más buena. ¿No los ve tan fuertes y relucientes?

—Pero eso no le debe asustar, señorita —dijo el conductor—. Quizá cuando se acerque a la cama de su amigo la salude con un relincho.

Kate miraba a uno y otro hombre, aturdida.

—Eh, oigan, están diciendo cosas muy extrañas. ¿Cómo pueden comportarse así ante la muerte?

O'Hara

se quitó el sombrero y se lo puso en el pecho.

—La muerte, Luke. Debemos ponernos serios. Aún recuerdo las hermosas palabras que Rocky el Gallo pronunció ante la tumba de Nino Marino: «He aquí un hombre que siempre se quejó de su delgadez. Es lástima que ahora no esté para verse, porque se alegraría mucho. De ayer a hoy ha ganado cinco kilos».

—¿Qué le pasó a Nino Marino? —preguntó Kate interesada.

—Le habían metido cinco kilos de plomo —

O'Hara

soltó una risotada—. Fue bueno, ¿eh?

Cogote Plano se echó a reír y produjo el mismo sonido que una lima sobre un barrote.

—Ustedes son unos tipos muy raros —dijo Kate.

—¿Por qué, señorita Farrant? —inquirió
O'Hara.

—Están de un humor como si fuesen a una fiesta, cuando nos dirigimos a un hospital para ver a un agonizante.

El coche se apartó del camino, metiéndose por otro más estrecho.

—Disculpeme, señorita Farrant —dijo
O'Hara

—. Luke y yo fuimos muy poco a la escuela.

Kate se percató de una cosa. Había muy poca diferencia entre aquellos dos hombres y Jimmy el Largo. Bueno, eso era lógico, se dijo. Lance había sido atropellado por el camión frigorífico en una calle del Bowery, y mientras permaneció en aquel barrio, sólo vio a hombres que parecían esculpidos en serie.

El coche entró por un portón.

Kate no tuvo tiempo para leer las palabras que había en una placa. Decían: «Hospital de Enfermos Mentales del doctor Wilding».

Luke llevó el coche a la playa de estacionamiento donde había otros cinco automóviles.

Salieron del coche y
O'Hara

tomó a la joven del brazo.

Subieron la escalera y entraron en un amplio vestíbulo. A la derecha, tras de un tablero, había varias señoritas con bata blanca. Dos de ellas escribían.

—¿Doctor Wilding? —dijo
O'Hara.

—Primera planta, despacho número diecisiete —contestó una de las empleadas.

Subieron en un ascensor. Kate estaba cada vez más nerviosa.

Cruzaron un largo corredor y
O'Hara

abrió una puerta. Una enfermera con cara de perro pachón apartó los ojos de la hoja que estaba escribiendo.

—¿Qué desean?

—El doctor Wilding nos espera.

—¿Cuál es su nombre?

—
O'Hara.

La enfermera di la vuelta a la llave del dictáfono.

—Doctor Wilding, acaba de llegar el señor

O'Hara.

No bien solo. Le acompaña una joven y otro caballero.

—Oh, sí, que pasen —dijo la voz del doctor Wilding.

La enfermera hizo una señal para que los visitantes siguieran su camino hacia una puerta que había al fondo sobre la que se leía: «Doctor Kenk Wilding».

—Oiga, señor

O'Hara

—habló Kate—. No quiero ver al señor Wilding, sino a Lance Stanley.

—El doctor Wilding es quien asiste a su amigo, señorita Farrant. Me lo dijo uno de los enfermeros que iba en la ambulancia.

Entraron en un despacho donde, tras de una mesa, se encontraba sentado un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, cabello negro con raya a la izquierda. Defendía los ojos con lentes montadas en grueso armazón del carey.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Kate.

—Yo, muy bien. ¿Y usted?

—Me refería a Lance Stanley, el agonizante... ¿Cuántas transfusiones de sangre le han hecho?

El doctor dirigió una mirada a

O'Hara,

el cual le contestó con un movimiento de cabeza.

—Muchas, señorita. Debe ir ya por la sexta.

—No habrán tenido bastante con un caballo.

El doctor miró fijamente a los ojos de Kate.

—¿Desde cuándo lo siente?

—¿Cómo que desde cuándo lo siento? Lance es mi amigo, me hizo un gran favor... Quiero corresponderle. Si necesita sangre, estoy dispuesta para la transfusión.

—Muy bien, acogeré su oferta... —El doctor habló por el dictáfono—. Señorita Drumont, mande aquí dos enfermeros.

—Sí, señor. Ahora mismo doy la orden.

Kate apoyó las manos sobre la mesa.

—Doctor, ¿cree que se salvará?

—Claro que sí. No debe tener duda acerca de ello. Éste es un buen hospital y está atendido por personal competente.

Los dos enfermeros entraron en el despacho. Eran robustos.

—Lleven a la señorita a la habitación treinta y tres.

La joven dirigió una sonrisa a Wilding.

—Doctor, gracias por el trato de favor que me concede.

—Oh, me limito a cumplir con mi deber.

La joven se dirigió hacia la puerta seguida por los dos enfermeros.

—Adiós, señor

O'Hara,

y muchas gracias por lo que ha hecho por mí. A usted también, Luke.

—De nada, chica —contestó

O'Hara.

Kate subió con los dos enfermeros a la tercera planta.

—Mi nombre es Kate Farrant —dijo ella.

—Yo soy Jerr y este Grey.

Jerr era de cabello rojizo y Grey muy rubio. El primero abrió la puerta de la habitación número treinta y tres.

Kate pasó al interior donde había una cama y una mesilla de noche. El resto de la habitación estaba desnuda. Al fondo había una ventana defendida por barrotes.

En aquel momento la puerta se cerró a su espalda y una llave giró en la cerradura.

Kate se volvió con rapidez.

—¡Eh, ustedes...!

Oyó los pasos que se alejaban por el corredor.

Kate forcejeó en la puerta, pero desistió al ver que habían cerrado con llave.

Arrugó el entrecejo. ¿Qué significaba aquello? Allí no había ningún aparato médico para hacer transfusiones de sangre, pero tampoco existía un teléfono que comunicase con el mundo exterior.

Se acercó a la pared, mirando a través de los barrotes. Sólo vio un trozo de cielo.

Se dedicó a pasear por la estancia lentamente, pensativa.

De pronto oyó una carcajada. Sonaba de una forma horrible.

Procedía de la habitación de al lado, estaba segura.

En otra habitación de la casa se produjo un aullido, pero la carcajada era más fuerte. Ambos parecían emitidos por gargantas femeninas.

Sintió un escalofrío por la espalda porque le pareció que aquellos sonidos eran producidos por personas que no estaban cuerdas.

De pronto, la luz se hizo en su cerebro. Miró otra vez la ventana defendida por los barrotes. Aquélla era una habitación para un enfermo mental. Empezó a comprender. Había sido víctima de un engaño.

O'Hara

y Luke eran dos hombres pagados por alguien para llevarla allí, pero ¿por qué? ¿Cuál era motivo? ¡Dora! No podía ser otro. ¿Qué habían hecho con su prima...? ¿Dónde estaba? ¿Se encontraría prisionera como ella en una de aquellas habitaciones?

Oyó un ruido en la puerta.

La llave giró en la cerradura.

Kate quedó asombrada al ver entrar en la habitación al señor Fletcher. Se cubría con un traje oscuro y sobre su nariz cabalgaban las gafas oscuras.

La puerta se cerró tras él y Fletcher quedó quieto mirando a la joven.

—¿Se encuentra bien, señorita Farrant?

—¿Qué significa esto, señor Fletcher?

Fletcher golpeó el cigarrillo en la pitillera y lo prendió con un encendedor que hacía juego con la pitillera. Inhaló profundamente, soltando luego dos chorros de humo por la nariz.

—¿Por qué es tan testaruda, señorita Farrant?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Su prima Dora se marchó de mi casa, se alojó en el hotel Ventura y luego decidió largarse a Los Ángeles, California.

—¿Sabe una cosa, señor Fletcher?

—Dígalos.

—No le creo una sola palabra.

—Es usted muy escéptica, señorita Farrant, y eso jamás rinde beneficios. Sólo es una chiquilla y yo una persona adulta, con una larga experiencia en la vida. Por otra parte, es corriente que los

jóvenes se muestren rebeldes. Nunca están dispuestos a aceptar un buen consejo.

—¿Cuál es el consejo de hoy, mamaíta Oca?

Fletcher se interrumpió enarcando una ceja, la izquierda.

—No me gusta su sentido del humor, señorita Farrant.

—Estaba esperando que, de un momento a otro, me dijese querida niña, siguiendo en ese tono paternal con que inició su discurso. Le aclararé algo, señor Fletcher. Me sobran consejos. Lo que me faltan son explicaciones.

Fletcher se echó a reír.

—De modo que no es tan ingenua como parece...

—Sólo lo era los sábados, cuando se celebraba el baile en mi pueblo. Los hombres se sentían encantados con tanta inocencia; pero sabía pararles los pies cuando ellos estaban dispuestos a jurar que no sabía distinguir una cosa de otra.

—¿Quiere creerme si le digo que celebro mucho posea, al fin y al cabo, una inteligencia?

—Festejemos el acontecimiento, señor Fletcher. ¿Dónde está Dora?

Fletcher chascó la lengua.

—Otra vez con lo mismo... ¿No se lo dije ya?

—Oh, sí, se fue a Los Ángeles. Dora pensaba convertirse en una estrella famosa de Hollywood.

—Ahí lo tiene.

—Deje los sarcasmos, señor Fletcher. A Dora le ha ocurrido algo y empiezo a imaginar que ha sido lo peor. ¡La han matado!

Fletcher rió a golpes.

—Es usted muy macabra, querida niña.

—¿Por qué la mataron, mamaíta Oca?

—Su terquedad no la va a conducir a nada bueno.

—Quiero salir de aquí, señor Fletcher.

—Vine a hacer un trato con usted. Estaba dispuesto a concederle la libertad.

—Imagino que con algunas condiciones.

—Sí.

—¿Cuáles?

—Le habría hecho un regalo de dos mil dólares y enviado a Los Ángeles con gastos pagados. Pero usted lo ha echado a perder.

—Me he convertido en un obstáculo para usted, señor Fletcher. Si yo hubiese aceptado esa oferta suya, sé lo que me habría ocurrido. Me habrían matado en el camino a California. Estoy segura de ello.

Fletcher dio un suspiro.

—¿Por qué la gente no se dará cuenta de que somos a veces malos porque no nos dejan otra opción?

—¿Qué piensa hacer conmigo, señor Fletcher?

—Nada. Se quedará aquí. Usted es una pobre paciente, una esquizofrénica... Es curioso cómo un ser humano se convierte en un animal irracional. Empieza aquí arriba, en la cabeza. Es como una pieza que saltase...

—Todas mis piezas están en su sitio, señor Fletcher; pero empiezo a creer que no puedo decir lo mismo de las de su maquinaria.

—La convenceré de que es usted la loca, señorita Farrant, la que necesita asistencia médica en este hospital de enfermos mentales —Fletcher se volvió y abrió la puerta—. ¿Quiere pasar, doctor Straker?

Entró en la estancia un hombre de bata blanca. Era muy alto, de cabeza rapada a lo Yul Brinner.

—Señorita Farrant —dijo Fletcher—, le presento al doctor Striker que se ocupará de usted desde ahora.

Kate observó los rasgos mongólicos del doctor Striker.

—Doctor, no estoy enferma. Mi cerebro está completamente sano. He sido traída mediante engaño. Quiero avisar a la policía.

—¿Qué quiere decirle a la policía, señorita? —preguntó el galeno.

—Este hombre, el señor Fletcher, ha matado a mi prima, Dora Thompson.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—Posiblemente en su casa.

—¿Y qué instrumento empleó?

—Tampoco puedo decirlo. Quizá no lo hizo personalmente y lo encargó a alguno de sus sicarios.

—De modo que el señor Fletcher tiene sicarios.

—Sí, doctor, un mudo que hacen pasar por sordo, un criado muy parecido a los que se ven en las películas de horror y una cocinera que, para hacer la labor de casa, debe entrenarse levantando pesas.

El doctor Straker miró a Fletcher.

—Un caso claro de paranoia hostil... Una persona no puede odiar sin temor; tampoco puede temer sin sentir odio. La tensión provocada por la angustia pugna por hallar descarga, y la sensación de angustia, por sí misma, tiende a acentuar los impulsos hostiles.

—Eso se lo dice a su abuelo, doctor —exclamó Kate.

—Obsérvela, señor Fletcher. Me está incluyendo en la esfera de su odio —sonrió Straker—. Son cosas que la ciencia debe sobrellevar con resignación.

—¿Qué tratamiento le va a dar, doctor? —inquirió Fletcher.

—Duchas heladas.

—Báñese usted si quiere —chilló Kate—. Seguro que le hace más falta que a mí. Soy una mujer limpia... Doctor, se la están pegando con queso... Le aseguro que el señor Fletcher es un asesino, y si usted le echa una mano, se hará cómplice de él.

El doctor Straker abrió la puerta y los dos enfermeros que Kate conocía entraron en la estancia.

—Muchachos —dijo el doctor—, agua helada para la paciente durante quince minutos, y si se resiste, concédanle un suplemento de media hora. ¿Vamos, señor Fletcher?

—¡Espere, doctor! —gritó Kate—. ¡No puede hacer conmigo esto! ¡Estoy cuerda...!

Los dos enfermeros interrumpieron su camino hacia la puerta.

Fletcher volvió la cabeza ante de salir.

—Trátenla con cuidado, muchachos. Ha sufrido una fuerte crisis.

Kate quiso soltar una sarta de improperios, pero era tanta la cólera, que las palabras se le atropellaron en la boca.

—Vamos, nena —dijo Jerr.

—¡No me toque! Iré por mi propio pie.

—Claro que sí, nena, nosotros somos muy serviciales —repuso Jerr, pero a una señal, él y Grey se abalanzaron sobre la joven, y tomándola por los brazos, la sacaron en volandas de la habitación.

En la sala de baños había un biombo y una mujer que medía dos metros y que debía pesar ciento veinte kilos.

La mujer atrapó a Kate por su cuenta y empezó a desnudarla tras

el biombo.

—¡Déjeme! ¡Lo sé hacer sola! —gritaba Kate, pero sus palabras no eran escuchadas.

Al cabo de un rato, la joven se vio envuelta en una especie de camisón de tela basta.

Con la misma facilidad con que la había manejado para desnudarla, la mujer fuerte hizo entrar a Kate en un cuartito cuya puerta cerró desde fuera.

—¡Oiga...! —gritó Kate—. ¡Me encuentro perfectamente! ¡No...!

Un chorro de agua helada le estaba cayendo sobre la cabeza, por todo el cuerpo, y se desplomó en el suelo gimoteando.

CAPÍTULO VI

Lance Stanley entró en el restaurante donde había dejado a Kate. Frunció el entrecejo al no ver a la joven y se dirigió al mozo que los había atendido.

—¿Dónde está la chica?

—Se marchó.

—¿Sola?

—No, con un tipo.

Stanley sacó un dólar.

—¿Cómo era el fulano?

—Tenía la cara de buena persona, las mejillas muy coloradas.

—¿Nunca lo habías visto con anterioridad por aquí?

—No.

—¿Qué le dijo a la chica?

—No lo sé, pero ella se puso muy excitada. Se marchó con mucha prisa. El fulano se encargó de la valija que ella llevaba.

—¿Y luego?

—Los vi entrar en un coche, un sedán negro. El tipo que lo conducía tenía el cogote plano.

—¿Te fijaste en el número de la matrícula?

—No. ¿Tenía que haberme fijado?

—Seguro, hermano, porque te habrías ganado diez dólares de golpe.

—¡Qué manera de perder el dinero!

Stanley le dio el dólar y se dirigió a la cabina telefónica. Marcó un número, pero tuvo que esperar un buen rato antes de que descolgasen.

—¿Qué es lo que se quema? —Le llegó una voz estrepitosa desde el otro lado del cable.

—Archer, son casi las doce.

—Imaginé que sería un bastardo, pero no de tu calibre, Lance...
¿No sabes que no me levanto antes de las dos?

—¿Quién tiene las mejillas sonrosadas y cara de buena persona?

—Kennedy..., y el de la barba es Fidel Castro.

—Vete al infierno. Te estoy hablando de los bajos fondos.

—No lo sé.

—¿Y tú te haces llamar el Archivo Viviente?

—¿Cómo quieres que piense a estas horas de la madrugada?

—Probemos con otro. Es un tipo que tiene el cogote plano.

—Hay muchos. Conozco un centenar de alemanes que tiene la cabeza de esa forma.

—Mejillas Sonrosadas y Cogote Plano trabajan juntos.

—¿Puedes esperar un momento? Beberé un trago de *whisky* y quizá me despeje.

—¡Date prisa, maldita sea!

—Esto te va a costar veinticinco pavos.

—Diez si das con los tipos y me dices dónde los puedo encontrar.

—Veinte, y es mi último precio.

—Corriente, chantajista.

—El de las mejillas sonrosadas es Clem

O'Hara

y el del cogote plano, Luke Sohl.

—Creí haber oído que necesitabas un trago de *whisky* para engrasar la maquinaria. ¿Dónde puedo encontrar a ese par de puercos?

—Has dicho que son las doce, ¿verdad?

—Sí.

—En este momento, si no andan de faena, deben encontrarse en el garito de Jerry Penny. Si no los encuentras allí, hazme otra llamada y te daré más detalles. Por ahora te basta. Y recuerda que me debes veinte dólares.

—Vete a la cama, topo —dijo Stanley y colgó.

Veinte minutos más tarde, Lance apretaba el timbre de una puerta.

Se abrió una mirilla.

—¿Quién es usted? No lo conozco —dijo una voz ronca.

—Lance Stanley, un amigo de Jerry.

—Espere.

Lance encendió un cigarrillo mientras esperaba. Al cabo de un rato la puerta se abrió. Jerry Penny estaba al lado de un tipo con aspecto de gorila.

—¿Cómo estás, Lance? Hace mucho tiempo que no te veía.

Lance estrechó la mano de Jerry Penny, un hombre que tenía un gran parecido con Al Capone.

—¿Marcha tu negocio, Napoleón? —inquirió Lance.

—No me puedo quejar, pero iría mucho mejor si no tuviera que gastar tanto dinero en protección.

Cruzaron un corredor y entraron en un despacho.

Jerry Penny escanció en dos vasos *whisky* y alargó uno a Lance.

Los dos bebieron observándose atentamente, como dos boxeadores antes de iniciar el combate.

—Si vas a trabajar aquí, quiero un sesenta por ciento, Lance.

—¿No te parece que aprietas demasiado? Dejémoslo en un cuarenta y asunto acabado.

—Tengo una buena clientela.

—Yo soy un buen jugador.

—Lo sé, Lance, poco en ninguna parte encontrarás palomos como aquí. Me ha costado mucho organizar esto. Pago una cantidad muy elevada a botones, encargados y otros empleados de hoteles para que me envíen huéspedes con la bolsa llena. Soy yo quien corre todos los riesgos. Dios mío, ¿cuándo os vais a convencer de que esto es un negocio como cualquier otro?

—Está bien, Jerry, un sesenta para ti. ¿Puedo empezar ya?

—¿Cuánto dinero tienes?

—Unos trescientos. Me basta para iniciar.

—Te destinaré a la habitación dos. Son cuatro tipos, pero les gusta jugar cinco.

—¿Quién los ordeña?

—Bill As de Pique.

—Me han dicho que está muy flojo esta temporada.

—Murió su mujer y le dio por el *whisky*. No ha sudado la crisis todavía. Sus ingresos han mermado mucho.

—De acuerdo, Jerry —asintió Lance, dejando el vaso sobre la mesa.

—Ya conoces el camino.

Stanley hizo un saludo con la mano y abrió la puerta que daba a otro corredor. A un lado y otro había habitaciones y al fondo una escalera que conducía al piso superior.

Aquella era la única forma de entrar en el garito de Jerry, utilizando el truco de simular que iba a jugar para la casa.

Abrió la primera puerta a la derecha.

Alrededor de una mesa había cuatro hombres ventilando una partida de póquer. En ninguno de ellos identificó a

O'Hara

o a Sohl. Pero allí estaba Bill As de Pique con cara de no irle bien las cosas.

Tampoco los encontró en la segunda habitación que examinó.

Pero estaban en la tercera. Jugaban con dos fulanos, uno de ellos muy gordo.

Lance entró en la estancia y cerró a su espalda.

Se le quedaron mirando.

—¿Puedo completar la partida?

Luke Sohl miró a Clem

O'Hara

y éste hizo un movimiento afirmativo.

—Siéntate.

Lance jugó durante quince minutos con la mayor naturalidad. Empezó con cien dólares y ya tenía doscientos treinta. Se dio cuenta de que el gordo desconocido era el perdedor, pero también perdía Luke Sohl. El cuarto fulano, que estaba a su izquierda, era un individuo de cabello muy corto, hocico saliente.

O'Hara

le ganó el resto y el desconocido se levantó.

—Ya tuve bastante.

—Quizá esta tarde se le dé mejor.

—Sí, pero necesito reponer fondos.

O'Hara

se encogió de hombros y el otro atrapó el sombrero de la percha y salió de la habitación.

—Pido un descanso —dijo el gordo—. Necesito comer algo.

—Apriete el timbre y coma lo que quiera. Yo le invito —dijo

O'Hara.

—Necesito también estirar las piernas —repuso el gordo, y seguidamente abandonó la estancia.

O'Hara

tomó el mazo de naipes.

—¿Continuamos nosotros?

—¿Por qué no? —repuso Lance.

Sabía que tendría que enfrentarse con los dos a una, pero sólo apostó fuerte cuando le llegó el turno de repartir los naipes. Ganó otros doscientos.

Luke Sohl había perdido el resto. Entonces echó mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes. Stanley calculó que allí habría unos trescientos.

—Al parecer, les pagaron bien lo de la chica.

Los dos tipos se le quedaron mirando con perplejidad.

—¿Qué dice, hermano? —preguntó Luke Sohl.

—Se llegaron al restaurante de Vittorio Pino, y sacaron la chica que allí se encontraba mediante un engaño. Fue usted quien hizo el trabajo,

O'Hara.

Luke manejaba el volante y el coche en el que hicieron viajar a la muchacha, es un sedán negro. ¿Adónde la llevaron?

Luke había agrandado los ojos, pero

O'Hara

se conservaba tan sereno como Lance. Sus labios sonreían con dulzura y sus mejillas aparecían tan sonrosadas como cuando minutos antes había dejado sin dinero al muchacho que se largó para reponer fondos.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Lance Stanley.

—¿Quién le ha contado esa historia que acaba de colocarnos?

Lance se tocó la sien.

—Salió de aquí.

—Un chico muy aventajado.

—¿Adónde la llevaron?

—Lo quiere saber, ¿eh?

—Sí, lo quiero saber.

—Se lo vamos a decir.

—Muy amables.

Luke saltó de la silla llevando la diestra a la axila.

Stanley también se puso en pie y pegó con el filo de la mano en la clavícula de Sohl, quien se derrumbó lanzando un gemido sordo.

O'Hara

se puso también en pie, pero hizo algo más, volcar la mesa sobre Lance.

Stanley cayó.

Supo que, mientras se levantaba,

O'Hara

sacaría la pistola y le descerrajaría un tiro.

Pegó un puntapié a la mesa enviándola contra su enemigo y lo hizo con buena puntería.

Una de las patas golpeó contra la mano armada de

O'Hara

haciéndolo retroceder.

Lance saltó como disparado por un cañón y cayó sobre

O'Hara.

Los dos se vinieron al suelo.

Lance le incrustó el filo de su mano entre los ojos.

Las narices de

O'Hara

estallaron y perdió el conocimiento.

Lance se apoderó del revólver de

O'Hara

y se volvió a tiempo de impedir que Sohl exhibiese su arma.

—Quieto, Luke.

—¿Es que estás chiflado, muchacho? ¿A qué viene todo esto?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Llevasteis a Kate Farrant a alguna parte. ¿Dónde?

—No sé nada.

Stanley le golpeó con el cañón de la pistola en el mentón.

Luke se abatió soltando juramentos.

Lance aprovechó la oportunidad para ponerse en pie y avanzó sobre Luke, que se había hecho un ovillo en la pared.

—Tengo muy poca paciencia, Luke. Te voy a conceder sólo cinco segundos. ¿Lo oyes? Cinco.

—Oiga, le daremos dinero... ¿Qué le parecen cien dólares...?

—Has desperdiciado tres segundos. Sólo haré una pausa para

decirte que cuando haya terminado la cuenta, te voy a hacer asomar el hueso de la nariz.

—La llevamos al hospital de enfermos mentales del doctor Wilding.

—¿Dónde está eso?

—En Baker Field, al norte de Manhattan.

—Quiero la dirección exacta.

—Ha de tirar recto por Brodway y luego girar hacia Inwood Hill.

El hospital está en la calle Cooper.

—Muy bien, chico. Ahora dime por qué la llevasteis allí.

—Fue un encargo.

—¿Quién os hizo el encargo?

—Un tal Anthony Drover.

—¿Quién es?

—¿Y yo qué sé?

—¡Hazme la descripción, maldita sea!

—Rubio, unos veintiocho años, ojos azules... Viste trajes caros y parece universitario.

—¿Hicisteis con él algún trabajo con anterioridad?

—No.

—¿Cómo fue lo de esta vez?

—Hizo una llamada a

O'Hara

y nos dijo dónde encontraríamos a la chica y lo que teníamos que hacer.

Lance pensó que Antony Drover había tenido tiempo de localizar a la pelirroja, puesto que Kate y él permanecieron cerca de una hora en el restaurante.

Luke Sohl prosiguió:

—Dijo que nos estaba esperando en un coche, cerca del restaurante de Vittorio Pino.

O'Hara

y yo fuimos allí y nos explicó lo que teníamos que hacer.

O'Hara

debía entrar en el restaurante y decir que usted había sido atropellado por un coche y conducido a un hospital.

—¿Qué pasó con la chica al llegar a ese sanatorio?

—La dejamos en manos de un tal doctor Wilding.

O'Hara

y yo nos largamos. Vinimos aquí directamente porque habíamos cobrado el trabajo por adelantado.

—¿Es eso todo, Luke?

—Claro que sí. ¿Por qué le iba a engañar ahora?

—Será mejor que me hayas contado la verdad —asintió Stanley, y retrocedió hacia la puerta.

—¡Eh! ¿No me da la pistola de O'Hara?

—Quizá me haga falta a mí.

Iba a abrir la puerta cuando vio que Clem

O'Hara

iba a disparar con un arma de repuesto.

Saltó a un lado en el momento en que el pistolero ponía en camino la bala.

Sintió el aullido del plomo junto a su cabeza. Luego disparó él.

O'Hara

recibió el proyectil en el centro del pecho y dio un giro, mientras seguía disparando.

Luke Sohl soltó un alarido al recibir dos balas en el estómago. Pero se las había recetado su propio compañero.

Stanley cerró y echó a andar rápidamente hacia la salida.

La puerta que comunicaba con el despacho de Jerry se abrió y éste apareció en el hueco. Quedó asombrado al ver a Lance con el arma en la mano.

—Lo siento, Jerry, pero no tuve más remedio —le dijo Lance—. Te dejo tu sesenta por ciento en la habitación número tres.

Abrió la puerta de la derecha y apuntó al gorila que se disponía a entrar.

—Cuidado, chico. Hoy es el día en que reparto garrapiñadas. No quieras ganarte una.

El guardián retrocedió poniendo los ojos en blanco.

—No dispare... Tengo tres hijos.

Lance salió de la casa a todo correr.

CAPÍTULO VII

Kate daba diente con diente.

Hubo momentos en que llegó a creer que iba a perder el sentido.

El frío se le había metido en los huesos.

Otra vez se encontraba en su habitación.

Al salir de la ducha sólo le habían permitido secarse y luego la matrona le dio otro camisón de tela basta.

Tenía la impresión de que continuaba bajo la ducha.

La cama sólo contaba con una sábana y una manta, pero eso no era bastante para entrar en calor. Saltó del lecho y se puso a correr de un lado a otro mientras pensaba que, si ahora la vieses en su pueblo, imaginarían que realmente estaba loca.

Si al menos le hubiesen dado sus vestidos... Pero ni siquiera le habían permitido que se calzase. Sus pies estaban desnudos. Abrió la mesilla de noche, pero los compartimentos estaban vacíos.

Podía imaginarse cuál iba a ser su porvenir a partir de ahora. Uno de los enfermeros, Jerr, le había dicho que al cabo de un par de horas volverían para repetirle el tratamiento.

¿Cuántas duchas frías podría resistir una persona normal durante la época del invierno? Se vio convertida en una barra de hielo, apta para uso industrial.

¿Qué sería de Lance? Era ingenua al hacerse esa pregunta. Estaba claro que lo habían retirado de la circulación. Por eso no había acudido al restaurante. Aquellos hombres,

O'Hara

y Luke, se habrían ocupado de Lance con anterioridad. Probablemente estaba muerto.

¡Dios mío! Tenía que hacer algo, pero ¿el qué?

Apartó el colchón buscando un objeto que pudiese ser utilizado

como arma.

La cama era de hierro, pero sus piezas estaban bien ensambladas. Por fin se convenció de que sólo podía utilizar una cosa. El cajón de la mesilla de noche. Lo sacó del hueco y se entrenó en su uso. Lo tomó por un lado y otro, levantándolo siempre y haciendo el movimiento justo de arrojarlo sobre la cabeza de un ser invisible.

Pero ¿de qué podía servir que aturdiese a un hombre o lo dejase sin sentido si Jerr tenía un compañero, aquel Grey?

Oyó pasos y se acercó a la pared.

Pensó que el golpeteo de su corazón se debía escuchar desde el corredor.

Chirrió la llave en la cerradura y la puerta quedó abierta.

Jerr entró en la estancia.

—Al agua, señora condesa —dijo.

Kate se lanzó sobre él enarbolando su improvisada arma. Pero Jerr la vio por el rabillo del ojo y saltó.

La joven se vino al suelo.

—¿Qué te parece, Grey? A la gatita le gusta jugar.

Grey rió, observando las pantorrillas de Kate.

—Es una gata con la que me gustaría pasar el rato.

Kate, que había empezado a gimotear, volvió la cabeza. Una guedeja de cabello le caía sobre un ojo.

—Es usted un cerdo.

Grey señaló la puerta.

—Eh, Jerr, ¿me dejas un rato con ella?

Jerr se rascó por detrás de una oreja.

—Eso no le gustaría al doctor Straker.

—¿Y quién se lo va a decir?

—Ella misma, genio.

—No seas tonto. Conozco a las mujeres. Cuando se las trata bien, saben conservar un secreto. Seguro que cuando termine con ella está deseando que el bueno de Grey se llegue aquí para organizar otro festival.

La joven se levantó con los puños apretados.

—Póngame las manos encima y le morderé.

Grey continuó riendo.

—¿No te lo dije, Jerr? Cada vez me gusta más.

—No voy a consentir lo que tú quieres, Grey.

—No, ¿eh? Está bien, muchacho. Pide dinero por darte una vuelta por ahí.

—Hemos venido para llevarla a la ducha.

—Pide, maldita sea.

—Está bien, chico. Te lo dejaré en cincuenta dólares.

—Eres un bastardo, Jerr.

—Cincuenta dólares —repitió el otro—. No corro ningún riesgo por menos. Estoy contento con mi trabajo y si se entera Straker, me despediría. Creo que te hago un favor poniéndote ese precio.

—Corriente.

—Pero no me marcharé. Estaré aquí todo el rato.

Kate estaba llena de ira.

—Pero ¿qué clase de gentuza son ustedes? ¿Cómo pueden decidir sobre mi vida con esa tranquilidad?

Grey cerró la puerta y echó a andar sonriente hacia la joven.

—Muñeca, no corras.

—Apártese de mí.

—Luego dirás otra cosa: «Acércate, Grey».

—Si me pone la mano encima, me pondré a gritar.

—Grita todo lo que quieras. Es lo que hacen todos en este hospital, gritar mucho, con toda la fuerza de sus pulmones. No te harán caso, de modo que ahorra fuerzas, dulzura.

—Oiga, le daré una recompensa, si se está quieto... ¿Saben por qué me encerraron aquí? Soy la hija de un millonario y mi tutor me quiere limpiar la fortuna. Poseo doce millones de dólares. Un millón para cada uno si me ayudan.

Grey rompió a reír con estridencia.

—¡Eh, Jerr! ¿No lo sabías? Tenemos una potentada.

—Soy la hija del Rey del Caucho.

Jerr se sentó en el borde de la cama como si se tratase de una localidad de primera fila.

—Cuidado, Grey. Puedes llevarte una sorpresa. Ha dicho que es la hija del Rey del Caucho. A lo mejor lleva postizos.

—Lo sabré enseguida y te pasaré la noticia.

Grey reanudó su marcha sobre la joven, que ya había llegado al muro donde estaba el ventanuco defendido por los barrotes.

Kate levantó las dos zarpas.

—Atrévase y lo dejo sin ojos.

—Los necesito para mirarte pulgada a pulgada, nena.

En aquel momento se abrió la puerta.

Los dos hombres volvieron la cabeza.

En la estancia había entrado un hombre de bata blanca que portaba gafas oscuras y cubría las manos con guantes de goma y la cabeza con un gorro de quirófano.

—¿Tienes lista a la enferma? —dijo—. He de llevármela.

—¿Adónde? —preguntó Jerr.

—Al quirófano.

—¿Cómo que al quirófano?

—Le he de abrir la cabeza.

—¿Para qué le va a abrir la cabeza?

—La muchacha tiene una encefalitis debida a un catarro de sesos.

—¡Eh! ¿Quién es usted? —dijo Jerr—. Nunca lo vi por aquí.

—Doctor Van der Bruten, psiquiatra.

—No es su paciente, doctor Van de Bruten —dijo Jerr—. Esta joven pertenece al doctor Straker.

Kate había bajado las manos poco a poco. Al principio se había quedado boquiabierta al reconocer en el hombre que acababa de entrar a Lance Stanley. ¿Cómo había llegado hasta allí, y sobre todo, cómo pudo presentarse bajo aquel disfraz?

—Vamos, ánimo, muchachos —dijo Lance, con decisión—. Lléguese al quirófano y prepárenme el agua oxigenada. Necesito hacerle un teñido de cabello antes de la trepanación. ¿Qué están esperando? Dense prisa.

Pero los hombres se quedaron quietos.

—Eh, usted —dijo Jerr, levantándose de la cama—, enseñe sus credenciales.

—¿Cómo quiere que se las enseñe si estoy vestido ya de jugador, quiero decir, de cirujano?

—Es usted un tipo raro.

—¿Por qué? ¿Me ve doble?

—No lo decía por eso, sino por sus guantes.

—¿Qué les pasa a mis guantes?

—Los cirujanos que han de operar no se ponen los guantes hasta llegar al quirófano porque en el camino se contaminan.

—Ustedes están muy atrasados en este hospital, compañeros. Traigo una técnica nueva que aprendí en Calcuta. Está inspirada en el yo-yo.

—Querrá decir en el yoga —dijo Jerr.

—Yo-yo.

—¿Qué quiere decir

yo-yo?

—Yo sacudo, yo liquido.

Stanley acompañó sus palabras con dos movimientos rapidísimos. En cada uno de ellos lanzó un puño.

Jerr recibió el primer premio. Voló hacia la cama y allí quedó sumergido en un profundo sueño.

Grey retrocedió al recibir un golpe en la sien, pero todavía pudo conservarse en pie.

—Ya me imaginaba que todo era mentira.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cachiporra.

—¿Qué es eso?

—La empleo con las enfermas recalcitrantes y ahora usted la probará. Resulta estupenda. Con un golpe deshago un cráneo, con tres lo convierto en polvo.

Saltó sobre Lance levantando la matraca.

Stanley se arrojó contra él.

Su cabeza chocó con el estómago de Grey, todo el aire de los pulmones se le escapó por la boca, pero aún pudo golpear a Lance en la espina dorsal.

Por fortuna para el joven, la cachiporra llegó muy amortiguada a su carne. Ya no concedió más beligerancia al enfermero. Puso en práctica su hábil forma de luchar, utilizando el filo de la mano. Bastó un mandoble suave en la nuca para que Grey dejase de ser una molestia.

Lance se levantó resoplando.

Kate le dirigió una sonrisa.

—Oh, Lance, has estado maravilloso. Pero ¿cómo conseguiste llegar aquí?

—Cruzando un torrente de sangre, *milady*.

—¿Cómo puedes bromear en las presentes circunstancias? No podemos escapar.

—¿Quién dice que no? Si es preciso decapitaré al dragón que guarda la gruta.

—¿Quieres bajar a la tierra?

—A la orden, princesa. Vuélvete de espaldas.

—¿Para qué?

—Voy a desnudar a uno de estos tipos y te pondrás su ropa.

—Tienes inventiva para todo, Lance —dijo la joven, y se volvió de espaldas.

Lance eligió a Grey porque era el más bajo de los dos enfermeros. Fue dando la ropa a Kate.

—Quítate el sayal y date prisa en vestirme.

Había cubierto ya a Grey con una sábana.

La joven entornó los ojos.

—¿Y tú dónde vas a mirar?

—Está bien. Sacrifíquese usted para esto. Cuando debe recibir el premio, se me impone un castigo —repuso Lance, y se volvió de espaldas.

Al cabo de un rato oyó a la joven.

—Ya puedes mirar.

Stanley la vio cubierta con la vestimenta de Grey. La joven se había tenido que subir muy arriba los pantalones para que no le sobrase mucho camal, pero eso no se notaba porque encima se había puesto la bata blanca. Le sobraban cuatro dedos de manga, y en cuanto a sus zapatos, daba la impresión de que sus pies bailaban en el interior.

Se acercó a la joven y le dobló las mangas, dejando asomar los racimos de dedos.

—¿Qué tal ahora? —preguntó Kate.

—Sólo deseo una cosa: que cuando tenga una jaqueca me envíen un enfermero de tu clase.

Se quedaron mirando a los ojos, y ella dijo:

—Cuidado, no se vaya a enterar la esbelta rubia.

—Por cierto que me está esperando desde hace un par de horas.

—Siento que por mí vayas a llegar tarde a la cita.

—Puedo demorarme tanto, que quizá no la vuelva a ver más, si no es con un permiso especial del alcaide de la prisión.

—¿Qué alcaide ni qué prisión?

—Maté a uno de los hombres que te trajo aquí. Se llama

O'Hara.

Él mató al otro, pero yo cargaré con los dos muertos.

—Cuánto lo siento, Lance...

—Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Lance tomó una sábana y la hizo jirones.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Kate.

—Atar y amordazar a estos dos tipos para evitar que nuestra fuga se sepa demasiado pronto.

Al cabo de diez minutos, Lance había terminado su faena.

Jerr ya había vuelto en sí, pero no podía decir nada porque la mordaza se lo impedía. Grey continuaba soñando. Debía pasarlo en grande porque sonreía.

—Escucha bien, pequeña. Vamos a salir por el mismo lugar que entré, la ventana de una habitación. En ella encontré a un tipo que estaba escribiendo. Le arreé un castañazo en la cabeza y lo deje sin conocimiento. Era un tal doctor Wilding. Me puse todo lo que tenía a mano, incluidos los guantes, que encontré en una vitrina. ¿Sabes que ese tipo tenía razón? Los cirujanos no se ponen los guantes de goma hasta entrar en el quirófano. Bueno, ahora necesitamos un poco de suerte.

Lance guardó la cachiporra de Grey en el bolsillo. Sus armas defensivas aumentaban conforme avanzaba en aquel caso. Primero una pistola, ahora una matraca. Si la Marina jugaba a intervenir en el caso, quizá le fuese posible hacerse con un submarino atómico, aunque fuese de bolsillo.

Lance se quitó el gorro y se lo puso a Kate introduciéndole por dentro los rizos.

Abandonaron la habitación y se dirigieron hasta la escalera. Descendieron lentamente, y poco después pasaban a la antesala del doctor Wilding, que estaba desierta.

Entraron en el despacho.

Lance abrió un armario. El doctor Wilding estaba sentado en el suelo con los ojos en blanco.

—Bueno, doctor, no se aflija, dentro de un rato estará en libertad. Bastará con que lo descubran. Le dejaré el recinto abierto para que pueda respirar.

Kate ya estaba junto a la ventana.

Lance hizo una señal para que saltase y él lo hizo a

continuación.

—Eh, Lance, se me olvidó preguntarte cómo pudiste entrar por el portón.

—Muy sencillo. No entré por el portón. Como ya sabía el lugar donde te tenían encerrada, compré una escala. Ven conmigo.

Se internaron por el jardín, yendo hacia el muro.

Lance miró en su derredor para comprobar que no eran vigilados. Apartó un seto e hizo una señal con la cabeza a Kate.

La muchacha vio la escala colgando del muro.

—Trepá aprisa —le dijo Lance.

—No sé si podré. Esto ha sido siempre muy complicado para mí.

—Recuerda que si fallas volverás otra vez a la celda.

—Oh, no más duchas frías —dijo la joven, empezando a subir.

Le resbaló el pie a Lance la tuvo que sujetar por donde pudo, las nalgas, y la impulsó hacia arriba.

La joven llegó a lo alto y desapareció por la otra parte.

Inmediatamente, Lance trepó y lo hizo con mucha agilidad.

De pronto, oyó un grito y se dio mucha prisa en llegar a lo alto. Comprobó lo que había pasado. Kate estaba en el suelo frotándose una cadera.

—Se me fue el pie.

Lance saltó a su lado.

—También traje un coche.

Había dejado el automóvil entre unos arbustos, a unas cien yardas del hospital.

Apenas estuvieron dentro, Lance puso en marcha el vehículo y éste se alejó con mucha prisa del lugar donde Kate había estado prisionera.

—Cuéntame tu historia —dijo Lance.

La joven hizo un relato de la aventura que había protagonizado desde que

O'Hara

llegó al restaurante.

—De modo que el señor Fletcher es todo un personaje de filme de misterio —dijo Stanley.

—Para mí todo está claro.

—¿Sí?

—El señor Fletcher ha asesinado a su mujer.

—¿De dónde sacas eso?

—En la carta que me escribió mi prima decía que la señora Fletcher sentía fuertes dolores de estómago después de sus comidas. ¿Te das cuenta? La estaba envenenando.

—No está mal.

—Las cosas ocurrieron así. Llegó un momento en que Dora se dio cuenta de la clase de confabulación de que era objeto la señora Fletcher y quiso impedirlo de alguna forma. Pero ellos la descubrieron. ¿Te das cuenta? Pobre Dora... Ellos la mataron... Han asesinado a mi prima y a la señora Fletcher.

—Lo peor es que el asunto está bastante complicado para poderlo arreglar.

—Yo lo arreglaré.

—¿Cómo?

—Yendo a la policía.

—Eres una ingenua. Ya imagino lo que quieres hacer con respecto a la policía. Denunciarás el caso del señor Fletcher.

—Claro que sí.

—Nena, en nuestro país cuando se acusa a un hombre es necesario aportar pruebas. ¿Cuáles son las tuyas?

—Muchísimas. Está la carta de Dora. La tengo en el bolso... ¡Dios mío, se quedaron con él...! Bueno, da lo mismo, les contaré lo que ha pasado... Esos dos hombres

O'Hara

y Luke, me trajeron engañada al sanatorio. Dijeron que yo estaba loca.

—Y los polis quedarán convencidos de que lo estás después de escuchar la acusación contra el señor Fletcher. Eres tú ahora quien ha de bajar a la tierra. Por muy dolorosa que te sea la realidad, lo cierto es que no cuentas con ninguna prueba.

—Pero estás tú, Lance.

—Olvídate de mí. Te lo he dicho antes. Maté a un hombre pero dirán que liquidé a dos.

—Lo hiciste en legítima defensa, eso está claro.

—¿Dónde están los testigos para demostrarlo?

Lance puso la radio del coche y las notas suaves de un vals se esparcieron por el aire.

—Debes intentarlo, Lance.

—¿El qué?

—Tú eres mi testigo y yo el tuyo. Nuestras historias se complementan.

—Tú y yo somos los únicos en saber que lo que digamos es verídico del principio al fin. Pero yo sé lo que dirá la policía cuando nos oiga. Llegarán a la conclusión de que no hemos puesto de acuerdo. Por otra parte, debes recordar que ese Fletcher es todo un personaje.

En aquel momento dejó de oírse la música de baile y un doctor, dijo:

—Interrumpimos nuestra emisión para comunicar un boletín urgente de la policía —hijo una pausa—. Dos hombres han resultado muertos en el garito de Jerry Penny. Las víctimas fueron abatidas a tiros por un jugador profesional, Lance Stanley, en el transcurso de una partida de naipes. Lance Stanley tiene veintiocho años de edad y es alto, de cabello rubio, ojos azules, nariz recta, boca de labios delgados. La última vez que fue visto se cubría con traje gris, sombrero del mismo color, camisa blanca, corbata azul, zapatos oscuros... Es peligroso. Porta un arma. Se ruega a la persona que haya visto a este sujeto lo comunique al agente de policía más próximo...

Tras las últimas palabras del locutor, volvió a sonar la música.

Kate estaba perpleja.

—Ahí lo tienes, Kate. Me he convertido en un perro rabioso. Y dentro de poco lo serás tú también.

—¿Qué?

—Cuando se descubra tu fuga en el hospital, esa emisora emitirá un nuevo boletín urgente. Conozco su texto sin necesidad de escucharlo: «Una enferma mental se ha fugado del sanatorio del doctor Wilding. Es peligrosa. Puede matar. Atrápenla».

Kate se hundió en el asiento.

—Tienes razón. Estamos perdidos.

—Yo no diría tanto. Sólo dije que estaba complicado.

—Pero ¿qué se te ocurre?

—Necesitamos una prueba y sólo hay un medio de conseguirla.

—¿A qué prueba te refieres?

—Hemos de demostrar que la esposa de Fletcher fue asesinada.

—¡Lance! Pediremos la autopsia. Bastará que la hagan para que

los policías se convenzan de que esa mujer murió envenenada. Hemos de enterarnos del lugar donde, según Fletcher, se encuentra su mujer. Me dijo que estaba en su casa de campo, pero no señaló el lugar concreto.

Lance detuvo el coche a un lado de la carretera para despojarse de la bata y Kate se quitó el gorro.

Luego reanudaron el camino, pero cuatro millas más allá, Stanley frenó en una estación de servicio.

—Espera aquí, Kate.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamaré a la casa de Fletcher para enterarme de esa dirección.

Stanley entró en el bar y pidió un vaso de *whisky*. Mientras lo servían, se introdujo en la cabina telefónica. Buscó en la guía, discó el número, y al cabo de un momento oyó una voz untuosa.

—Domicilio del señor Fletcher.

—Llama el modisto Antoguetti —repuso Lance con vos atiplada—. Avise inmediatamente a la señora Fletcher.

—Lo siento, la señora Fletcher no puede atenderle, señor Antoguetti.

—Es urgente. Su vestido de tafetán negro con incrustaciones de oro no estará para la fecha que ella indicó si no puedo hacerle ciertas indicaciones.

—La señora no se encuentra en casa. Se marchó al campo, a su casa de Hereford hace unos días, y todavía no ha regresado. Espere un momento, le va a atender el señor Fletcher.

Transcurrieron unos segundos y oyó una voz firme.

—¿Señor Antoguetti?

—Desde luego.

—Mi mujer se encuentra un poco delicada y me dejó dicho que cancelase su compromiso con usted.

—¿Cómo? Eso no puede ser... Me hizo el encargo en firme, la tela ya está cortada...

—Señor Antoguetti, no quiero producir perjuicios, de modo que puede enviar su factura, le será abonado hasta el último centavo. ¿Dejo así solucionadas las cosas?

Sí, señor Fletcher. Es usted una persona muy amable, le enviaré la factura... Oh, si tiene oportunidad dígame a su esposa que el señor Antoguetti siente mucho que no se encuentre bien. Espero verla

muy pronto por mi casa. Póngame a sus pies, señor Fletcher.

—Gracias, señor Antoguetti. Le transmitiré sus buenos deseos.

Lance oyó que colgaban a la otra parte y él lo hizo a continuación.

Bebió el *whisky* en el mostrador, pagó y se dirigió al coche.

Mientras se alejaban de la estación, Lance contó la anécdota a Kate.

La joven se echó a reír.

—Eres un hombre con recursos, Lance.

Cuatro millas más allá, se encontraron con una bifurcación. En la carretera de la derecha, había un cartel en que se leía: «A Hereford: 150 millas».

CAPÍTULO VIII

Lance Stanley se cubría con una nueva indumentaria. Ahora portaba un mono azul y una gorra de visera, colgándole al hombro una caja de herramientas. Lo había adquirido todo en un almacén de Hereford, donde se había informado de la dirección de la casa de los Fletcher, a tres millas de la ciudad. No quiso poner en peligro a Kate, y aunque la chica insistió mucho en acompañarlo, logró convencerla para que se quedara en una habitación del hotel Bridge, y le dejó la pistola.

Se acercó al portón de hierro y apretó un timbre. Por entre los barrotes sólo vio una arboleda. Más allá, el camino trazaba una curva que debía conducir a la casa.

Al cabo de un rato vio acercarse un hombre que se cubría con una cazadora de cuero y botas altas. Tenía un azadón en la mano.

—¿Qué desea?

—Soy el técnico de la calefacción.

—¿Y qué hay con eso?

Stanley de una chupada al cigarrillo que tenía entre los labios.

—Oiga, hermano, el señor Fletcher telefoneó a mi patrón hace unos días para que echásemos un vistazo a las calderas.

—La calefacción funciona bien.

—Eso es lo que usted cree.

—Bueno, alguna vez hay alguna avería, pero Sammy se encarga del arreglo.

—Sí, y lo arregla tan bien que al poco tiempo sobreviene otra avería.

El hombre de las botas altas se tiró del lóbulo de una oreja mientras observaba atentamente al joven.

—¿Sabe lo que le digo? —habló al fin—. Que lo arregle y

Sammy se lo agradecerá. Cada vez que él ha de enfrentarse con las calderas se pone de un humor de mil diablos y lo pagamos los demás.

—Entonces no se quede ahí y abra enseguida. ¿Cree que es el único trabajo que tengo que hacer hoy?

—Mi nombre es Peter —dijo el otro, mientras abría.

—El mío Christopher.

—Sigue hacia la casa. Encontrarás a Sammy en la cochera. Pregúntale a él, y te llevará hasta donde están las calderas.

—Gracias, Peter.

Lance echó a andar por el camino.

—Eh, Christopher, espera un momento.

—¿Qué pasa?

—Nunca te vi hasta ahora por Hereford.

—Es fácil. Sólo llevo dos semanas en la ciudad.

—¿Con quién estás?

—Con Mortimer.

Mortimer era un establecimiento dedicado a los trabajos relacionados con la calefacción. Al adoptar aquel disfraz, Lance había tenido en cuenta y por ello consultó la guía telefónica. Eligió el de Mortimer entre los negocios de su clase por puro azar. Soltó una maldición para sus adentros pensando que Peter pudiera conocer a Mortimer o que hiciese una llamada para hacer la comprobación.

—Celebro que sea Mortimer... Buena persona.

—Seguro, Peter.

Lance continuó su camino sin ser molestado.

Vio la casa al fondo. Había sido construida en el estilo del Sur. El porche estaba sostenido por largas columnas blancas. A la derecha, en una nave independiente, vio la cochera. Un tipo estaba limpiando un coche con una manga de riego. Era un hombre fuerte, muy alto.

—Hola, Sammy —dijo Lance, llegando por su espalda.

El grandullón observó a Lance con los ojos entrecerrados.

—Si me vas a preguntar quién soy yo te lo diré, Sammy. Chris, tu hada buena. Ya me dijo Peter que te divierte mucho arreglar la calefacción cuando ocurre alguna avería. A partir de ahora podrás dedicarte a otras cosas. Vengo para revisarla a fondo.

Sammy dejó que le agua cayera al suelo.

—Si es así. Creo que me conviene mucho. Le dije al señor Fletcher que llamase a un entendido en la materia, pero siempre se le olvidaba.

—Esta vez lo recordó.

Sammy dejó caer la manguera en el suelo y cerró la llave de paso. Tomó una toalla de un banco y se secó las manos.

—Anda, ven conmigo —dijo.

Fueron hacia la parte trasera de la casa. Sammy abrió una puerta y Lance vio una escalera que conducía a un sótano.

Cuando llegaron abajo, Lance observó las calderas de la calefacción.

—Ahí lo tienes —dijo Sammy.

Lance dejó las herramientas en el suelo. Sacó el paquete de cigarrillos e invitó a Sammy.

Después de encender, Stanley dijo:

—Muchas veces he pensado contratarme como tú en una casa de postín, Sammy. Eres un tipo con suerte.

—Yo no diría tanto.

—¿Por qué no? ¿Te tratan mal?

—Ser criado es más difícil de lo que muchos suponen. Hay que soportar muchas cosas.

—¿El señor Fletcher...?

—Sí, desde luego. Es un tipo dominante, engreído... Todo el que está a su alrededor ha de ser un esclavo.

—¿Incluso su mujer?

—Su mujer no entra en el lote.

Lance sonrió.

—Fletcher grita a los demás y su mujer le grita a él.

—Entre ellos no hay esa clase de discusiones. Son gente muy educada. Por otra parte, el señor Fletcher no podría tratar mal a una mujer como Wanda Fletcher.

—¿Qué le pasa a ella?

Sammy hizo una mueca de sarcasmo.

—De modo que no la conoces, ¿eh?

—Ya le dije a Peter que llegué hace poco a Hereford.

—Entonces lo comprendo. La señora hace dos semanas que no sale de sus habitaciones. Está enferma, pero tendrías que verla. Es

algo fuera de serie. ¿Sabes por qué aguanto como chófer de Fletcher? Simplemente, por la señora. Sólo con verla está uno bien pagado. No hay una pelirroja mejor que ella en todo el país.

—Caramba, ya me gustaría verla... ¿No podría ser, Sammy? Se me ocurre una excusa. Cuando arregle las calderas, puedo ir a la casa para que me firme el comprobante.

—¿No te he dicho que está enferma?

—Quizá hoy se encuentre mejor.

—No seas tonto, Chris. Nadie puede ver a la señora. Lo dejó dicho el amo. Hace diez días que yo no la veo. Los tres primeros días salí a la terraza y la vi de lejos. Una mañana me pasé dos horas escondido detrás de un seto fumando cigarrillos y mirándola. Ella hacía gimnasia... ¡Qué tipo, madre mía! Se cubría con una blusa y unos *shorts*... Lo pasé mejor que en una sesión de cine. Pero luego llegó el señor Fletcher y la hizo acostarse. Desde entonces, no ha salido de su habitación. Sólo la puede ver su doncella.

—Creo que conozco a esa doncella. La vi en la ciudad. Era rubia, con un lunar bajo la oreja derecha...

—No. Te confundiste. La doncella de la señora Fletcher es morena. Tampoco tiene mal tipo. Su nombre es Mary.

—¿No viene por aquí el señor Fletcher para echarle un vistazo a su mujer?

—Cuando la hizo acostar, estuvo un par de días. Pero luego ya no ha regresado.

—Imagino que la asistirá algún doctor.

—Estando aquí el señor Fletcher, llegó un tal doctor Straker. Se fue junto con el señor Fletcher. Desde entonces no ha vuelto ningún facultativo. Y ya basta de charla, Chris, no terminarás nunca con las calderas. Yo voy a continuar con mi trabajo. He de lavar todos los días el coche, aunque no se utilice. Orden del señor. ¿No te dije que ser criado de alguien resulta un poco difícil?

Se dirigió hacia la escalera y empezó a subir. A mitad de camino se detuvo.

—Eh, muchacho, arréglalo bien para que no tenga que meterle mano. A la próxima estoy dispuesto a hacer saltar esas calderas con unos cartuchos de dinamita.

—Descuida, Sammy. Te lo dejaré como una seda.

Sammy hizo un saludo con la mano y poco después Lance oyó

que la puerta se cerraba.

Pero Lance entendía tanto de calderas como de japonés.

Abrió la caja de herramientas, dejó unas cuantas esparcidas por el suelo y abrió el portillo de una de las calderas. También se manchó las manos con un poco de hollín. Finalmente, cuando ya habían transcurrido algunos minutos desde que Sammy lo dejó solo, subió la escalera.

Abrió la puerta y miró los alrededores para asegurarse de que el camino estaba despejado.

Avanzó por junto a la pared, y al llegar a la esquina vio la terraza en la que, según Sammy, Wanda había hecho su última sesión de gimnasia antes de retirarse a sus habitaciones.

Trepó a la terraza y acercóse a una puerta de cristal. Hizo girar el tirador. Estaba abierta.

Se encontró en un amplio salón biblioteca donde no había nadie. Cruzó la estancia y abrió una nueva puerta.

Ante sí vio un vestíbulo y la escalera que conducía al piso superior.

Se deslizó sin hacer ningún ruido hasta allí y subió a lo alto.

Vio un ancho corredor con muchas puertas. Abrió una de ellas. Era un dormitorio, pero la cama aparecía sin ninguna huella.

Continuó su camino y abrió la segunda habitación.

El corazón le dio un vuelco al ver en el lecho una mujer. Estaba completamente inmóvil. Los ojos cerrados.

Lance pasó al interior cerrando tras de sí y echó a andar hacia la cama observando atentamente a la mujer. Era de una belleza impresionante y su cabello era de un color rojizo. No tuvo duda de que era Wanda Fletcher.

Continuó acercándose sigilosamente.

De pronto la mujer se alzó del lecho y quedóse mirando a Lance con los ojos fijos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

CAPÍTULO IX

—Perdón, señora Fletcher —dijo Lance—. Pero sólo me llegué para revisar la calefacción. Soy Christopher Holmes y trabajo para el señor Motimer, en Hereford.

Lance estaba sorprendido. Cuando segundos antes asomó la cabeza y vio a la pelirroja en la cama, no dudó que era ya un cuerpo sin vida.

Pero la pelirroja vivía y le estaba mirando con las cejas enarcadas.

—¿No le enseñaron a llamar en una habitación que está ocupada?

—No sabía que estuviese aquí.

—¿Quiere decir que ha subido sin haber preguntado a ningún criado?

—Los de mi profesión hemos de ser personas discretas. Conozco mi oficio y he de buscar la avería dondequiera que se encuentre.

—Si procede así, debe haber sorprendido a muchas mujeres en ciertos momentos muy inoportunos.

—Lo más gracioso me ocurrió en Nueva York hace un par de años...

—Imagino que no ha venido aquí para contarme sus historias. Busque la avería.

—Sí, señora.

Lance se acercó al radiador de junto a la ventana. Sacó una llave inglesa del bolsillo y se puso a aflojar una tuerca. Observó por el rabillo del ojo que la señora Fletcher le vigilaba.

—¿Se encuentra enferme, señora Fletcher?

—Sí.

—Mal tiempo para resfriados. Mi prima Leonor tampoco se

encuentra muy bien. Se le hinchó la cara... Lo que ocurre con la ciencia es algo muy curioso. Se ocupan de las enfermedades gordas, pero las pequeñas continúan lo mismo que hace treinta años. ¿Por qué infiernos no descubren algo para curar los resfriados?

—No tengo un resfriado, señor Holmes.

—¿No? ¿Qué es lo que tiene?

—¿Le importa mucho?

—Usted es una chica muy simpática... Perdón, quise decir una dama, y me disgusta que no se encuentre bien.

En aquel momento empezó a sonar la campanilla del teléfono que había en la mesilla de noche.

La joven alargó el brazo y tomó el auricular.

—¿Sí? Hola, querido.

Lance se puso rígido. Naturalmente, la señora Fletcher estaba hablando con su esposo.

—¿Todo concluido? —la oyó decir—. Magnífico, Raymond. Al fin lo hemos logrado.

Lance ya no tuvo ninguna duda. Era Raymond Fletcher.

La pelirroja escuchó un rato por el cable. Sus labios sonreían y sus ojos habían adquirido un nuevo brillo. Indudablemente, su esposo le estaba dando una buena noticia.

—Me alegro mucho de que todos los obstáculos hayan desaparecido, Raymond.

Luke se dijo que los obstáculos eran Kate y él. Al parecer Raymond ignoraba todavía que Kate ya no se encontraba en el hospital de enfermos mentales y en cuanto a Lance Stanley, Raymond se reiría pensando en que se había convertido en un fugitivo de la justicia después de la visita al garito de Jerry Penny.

La pelirroja escuchaba otra vez atentamente.

—Sí, Raymond... A propósito, también tengo buenas noticias para ti... Son muy pocas palabras. «Washington Memorial Crillon hoy al ocaso»... Exactamente... ¿Te acordarás de un collar de perlas? Te querré más, querido... A propósito, Raymond. Vino tu empleado de la calefacción de la casa Mortimer...

Lance empezó a incorporarse.

La señora Fletcher había dejado de hablar. Prestaba atención a las palabras que le llegaban por la línea.

Lance se acercó a la horquilla y cortó la comunicación.

La joven dejó caer el auricular y metió la mano bajo la almohada. Todo lo hizo tan rápido que cuando Lance fue a saltar sobre ella, ya lo estaba apuntando con una pistola.

—Un paso más y le vuelo la cabeza.

Lance se quedó quieto e inspiró profundamente.

—¿Quiere que le diga cuál es mi enfermedad?

—¿Por qué no?

—Taquicardia.

—Ya sé, ha abusado demasiado de la máquina de escribir.

—No sea estúpido. Le estoy apuntando con una pistola. Sabe demasiado lo que quiere decir taquicardia. Sufro del corazón. La sangre se me agolpa y no puede salir. Entonces mi corazón se pone a galopar. A veces tardo horas en reponerme. El ataque termina cuando la sangre que ha estado retenida es lanzada con la fuerza del aliviadero de su pantano.

—Todo eso es muy interesante, señora Fletcher, pero yo he venido aquí para arreglar la calefacción. Me voy a las calderas. Hasta luego.

Echó a andar hacia la puerta.

—Quieto ahí o le descerrajo un tiro.

Lance se volvió.

—Oiga, soy un pobre trabajador...

—Y yo la reina de Saba.

—Es usted tan estupenda, que no me molestaría hacer por un rato de rey Salomón.

—No tiene mala planta.

—¿Empezamos ya? —dijo Stanley, y se acercó al lecho.

—¡Quédese ahí!

—¿Me voy o me quedo?

—Tiene la cara muy dura para ser un tipo que se dedica a arreglar la calefacción, y no estoy hablando de mujeres. Me va a decir ahora la verdad.

—Nací en Boston, en el seno de una familia puritana. Fuimos cinco hermanos. Yo era el pequeño. A veces me llegaban a olvidar...

—Me está colocando otra fábula. Usted ha entrado intencionadamente en esta casa.

—Claro que sí. Me llegué para solucionarles lo de la calefacción.

—Mi esposo acaba de decir que no dio ningún aviso.

—¡Qué olvidadizo es su esposo! Ya ni se acuerda.

—Se equivoca, amigo. Mi esposo tiene una gran memoria y no creo que usted trabaje con el señor Mortimer. Es un tipo que se agenció un disfraz para introducirse en nuestra casa.

Wanda puso el auricular en la horquilla. Casi enseguida se puso a sonar la campanilla.

Lance fue a tomar el micro, pero ella se lo impidió con un movimiento de la pistola.

—Aléjese dos pasos si no quiere que dispare. Le aseguro que tengo muchos deseos de hacerlo.

Lance se retiró dos pasos porque no dudó de que la señora Fletcher apretaría el gatillo.

—Hola, querido... No fui yo, sino el hombre que está aquí... No sé quién es todavía, pero te puedo asegurar que no trabaja con Mortimer. Te daré su descripción... Tiene de veintisiete a treinta años y es rubio, de ojos azules... La verdad es que parece un tipo muy simpático.

—Cuánta amabilidad —dijo Lance—. Recuerde que se lo premie con un beso en la nariz.

—¿Lance Stanley? —dijo por el cable—. Sí, desde luego, coinciden las señas personales... No puede ser otro. ¿Qué hago con él, Raymond? Muy bien, lo despacharé.

La joven devolvió el auricular a la horquilla.

—Amiguito, se pasó de listo.

—Se asombraría si supiese la de veces que me han dicho esas mismas palabras.

—Ya no lo volverá a oír.

—¡Eh! ¿Se ha tomado en serio eso de despacharme?

—¿Usted qué cree, señor Stanley?

—No puede mancharse las manos de sangre una mujer tan hermosa, tan deseable, con esa carita de ángel...

—De nada le van a servir los requiebros. Mi esposo me ha dado algunas referencias de usted. Es un tipo condenadamente entrometido. Quiso tenderle una mano a cierta jovencita. No lo comprendo en un tipo de su calidad, porque parece que la tiene.

—Oiga, ya que estamos en el terreno de las confidencias, ¿qué le parece si trabajase para ustedes?

—En otra oportunidad se lo habría aceptado, pero ya estamos a

punto de acabar nuestro trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Le gustaría saberlo, ¿verdad?

—Mucho.

—Se va a quedar con las ganas.

—Oiga, es usted estupenda. Me pone los dientes largos acercándome el pastel a la boca, y cuando le voy a pegar la dentellada, me lo retira. ¿Cree que hay derecho?

—Buen viaje, señor Lance.

Lance vio cómo el dedo de la pelirroja se arqueaba sobre el gatillo.

—¡Eh, espere un momento, Wanda!

—¿A qué tengo que esperar?

—No hemos hablado de Dora.

—¿Dora?

—Ya sabe quién es.

—No, no lo sé.

—Su doncella.

—¿Qué doncella?

—Esto parece un bonito juego, Wanda, pero me gusta siendo usted mi contrincante.

—Un juego que durará muy poco tiempo, apenas cinco segundos.

—¿Por qué tiene tanta prisa en acabar conmigo? Estoy en sus manos y usted dijo antes que yo era un tipo simpático.

—Y un embaucador. Estoy pensando que si se tratara de cualquier otro hombre ya le habría metido dos balas en el cuerpo.

—¿Sabe una cosa, Wanda? Ignoraba que las damas de su alcurnia utilizasen ese lenguaje.

La pelirroja esbozó una sonrisa.

—Se informó muy poco de mí, Lance. El de la alcurnia es mi esposo. Yo no tuve tan noble cuna. Para que sepa de una vez la verdad, nací en un pajar. Mi madre se había refugiado allí en una noche de tormenta, y no supe quién era mi padre. Asímbrese porque usted es el único, después de mi esposo que lo sabe.

—Gracias por considerarme de la familia.

—He vivido mucho, Lance. He hecho de todo: de camarera, secretaria, hasta que un cazatalentos vio mis piernas y dijo que mi

verdadero sitio estaba en un escenario. Se equivocó. Mi verdadero lugar era un trono, un palacio, uno de esos yates donde pueden viajar hasta veinte invitados... Para lograr eso hacía falta tener dinero, de modo que el teatro fue para mí un trampolín. Sabía que desde las tablas podía echar el anzuelo al patio de butacas...

—Lo echó para pescar a un tonto y picó un tiburón. Raymond Fletcher.

—Así fue, Lance.

—Usted le hizo guiñitos y él le entregó su nombre, su casa y sus calcetines.

—Ahora mi esposo y yo tendremos todo lo que ambicionábamos.

—Creo que lo voy comprendiendo. Antes estaban arruinados.

—Premio a la inteligencia. Pase el señor a recoger su onza de plomo.

—La dejo. Doble o nada.

—¿Dónde está Kate Farrant?

—No lo sé. Perdí. Me quedé sin nada. Ahora, si quiere hacer uso de la onza de plomo, métasela a su marido por el bolsillo interior de la chaqueta conforme se va al corazón.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y entró Sammy.

—Eh, señora Fletcher, ¿qué hace aquí este tipo?

La señora Fletcher se distrajo un momento para mirar al chófer que acababa de entrar en el dormitorio.

Lance saltó sobre Wanda, quien lanzó un grito, pero ya había perdido el arma que se fue por el aire, yendo a caer a la otra parte del lecho.

—Allá voy, señora Fletcher —gritó Sammy, y se puso a correr como una res enloquecida.

Lance le salió al encuentro.

Se produjo la colisión y la estancia se llenó de rayos y truenos.

Los puños golpearon con fuerza brutal macerando los tejidos.

Lance maceró más que Sammy.

A los diecisiete segundos de pelea, Sammy tenía los ojos cerrados, la nariz sangrante y había perdido la mitad del bigote debido a un golpe sesgado.

No quiso perder más, y cuando recibió un puñetazo en el pómulo se abatió, quedando exánime.

La pelirroja estaba tan sorprendida que no había intentado saltar

sobre la cama para recuperar la pistola.

Lo hizo ahora, pero Lance la atrapó por el tobillo y tiró de ella.

Wanda se volvió bruscamente pegando un zarpazo en la cara de Lance.

—Quieta. Ya terminamos la pelea, señora Fletcher.

—¿Qué se propone, Lance?

—¿Qué hicieron con Dora?

—La pobre se puso enferma, ella era la doncella por la que he sentido más cariño. La atendimos adecuadamente, pero no había remedio. La pobre se moría. Entonces Raymond y yo la llevamos a que respirara el aire sano del monte próximo...

—Comprendo, son ustedes un par de almas generosas. La acercaron a un precipicio desde donde se podía respirar mejor, y cuando ella estaba distraída, le soltaron un empujón enviándola al fondo.

—¿Qué tonterías está diciendo? Mi marido y yo somos incapaces de hacer daño a nadie.

—Claro que no, señora Fletcher. La pistola con que me apuntaba antes era de chocolate y ahora sólo pretendía atraparla para pegarle un bocado. En cuanto a su corazón, no le creo una palabra.

—No lo cree, ¿eh? Póngame la mano en el pecho y oirá los latidos.

Lance se dijo que no perdía nada por comprobar cómo latía el corazón de la hembra.

La dejó libre.

Ése fue uno de los mayores errores que cometió en su vida.

La joven rodó vertiginosamente hacia el otro lado de la cama cayendo al suelo.

En aquel momento, Lance oyó pasos en el corredor. Tenía que enfrentarse con dos enemigos. Echó a correr. Prefería el del corredor. Era un criado. Lance lo atrapó por el cuello y tiró de él metiéndolo dentro de la habitación.

—¡Apártate, estúpido! —gritó Wanda.

Sonó un estampido, pero la bala se sepultó en la pared, cuando ya Lance había desaparecido por el hueco.

Bajó los peldaños de tres en tres.

Un hombre le salió al encuentro. Parecía también un criado de la casa y llevaba un atizador de fuego en la diestra.

—¡Alto ahí! —ordenó, interrumpiéndole el camino.

Stanley saltó sobre él, descargándole el puño en la frente.

El criado rodó por el suelo como una pelota.

Lance oyó otra vez la voz de Wanda.

—¡Detenedlo! ¡No puede escapar!

Lance abrió la puerta y salió fuera en el momento en que otra bala le hacía la raya del pelo.

Bajó del porche y corrió hacia el portón.

Peter le saló al encuentro enarbolando su azadón.

—¡Párate ahí, Chris!

Lance se detuvo porque el grandullón le cerraba el paso, pero cuidó de hacerlo poniéndose junto a un árbol, para que éste le sirviese de escudo contra las balas que le pudiesen llegar desde la casa.

—La señora Fletcher se ha vuelto loca, Peter. Me disponía a llamar a un médico. Entré en el dormitorio para arreglar la calefacción y ella creyó que mis intenciones eran bastardas.

Se fue acercando poco a poco.

En aquel momento se oyó la voz de Wanda.

—¡Peter! ¡Deténlo!

Lance no podía esperar más o de un momento a otro acabarían con su vida.

Se lanzó sobre Peter, quien abatió el brazo armado con el azadón.

Lance se desvió ligeramente y sintió cómo el acero rozaba su cuerpo. Una pulgada más y el jardinero le hubiese seccionado un brazo.

Pegó con mucho más coraje que antes y vio cómo Peter salía catapultado, causando destrozos en un rosal de invierno.

Dobló por la curva, cuando sonaba un tercer disparo, pero tampoco la pelirroja hizo blanco.

Al llegar al portón, lo abrió sin perder un segundo y echó a correr hacia el lugar donde había dejado el coche.

La aguja del velocímetro subió rápidamente mientras se dirigía a Hereford.

CAPÍTULO X

Kate Farrant viajaba al lado de Lance Stanley.

Lance acababa de terminar el relato de su irrupción en la casa de campo de los Fletcher.

—Debiste llevarte una gran sorpresa cuando te encontraste con que la señora Fletcher no estaba muerta.

—Vive y colea como un pez, mejor diría como una anguila, porque nunca vi a nadie tan escurridizo... Me considero un hombre feliz por no habérmela encontrado en mi camino antes. Es una de esas mujeres que acaban con cuantos tipos encuentras a su paso. Para ella los hombres son sólo medios para alcanzar un fin.

—¿Qué es lo que traman? Es una lástima que ya que te iba a matar no te confiase lo que habían hecho con Dora.

—No, no me lo confesó, pero harás bien en seguir pensando en lo peor. No creo que encontremos a Dora con vida.

—Opino lo mismo que tú.

—Respecto al asunto que los Fletcher se cuecen en el horno, no tengo la más ligera idea.

—Pero existe un medio de que nos informemos.

—¿Cuál?

—Hemos de ir al Memorial Washington Carillon.

—Ni lo pienses.

—Me acabas de decir que ella le dio un mensaje a Raymond. Se trata indudablemente de una cita. Si no quieres venir conmigo, iré sola, pero al ocaso yo me encontraré con ese monumento nacional.

—Hablas como si lo conocieses. ¿Qué es?

—Vi una fotografía del edificio. Es alto y muy bonito. Hay una torre con una escalera de caracol que conduce al carrillón.

—Sigo pensando que es una locura.

—¿Por qué?

—¿Es necesario que te lo explique? Wanda sabe que yo estaba presente cuando le dio el mensaje a su esposo. Soy un perseguido de la justicia. Le bastará avisar a la policía para que estén rodeando el edificio de la alta torre. Sería un estúpido si cayese en esa trampa.

—¿Y si fuera un asunto en que ellos estuvieran interesados en que no se dé a la publicidad?

Lance se quedó mirando a Kate con el ceño fruncido. Fue a decir algo, pero cerró la boca como un cepo.

—Tocado, ¿eh? —sonrió Kate, satisfecha.

De pronto, se oyó el aullido de una sirena.

Lance alzó los ojos al espejo retrovisor.

—Es un motorista.

—Llevamos una velocidad prudencial.

—Ahora quisiera que el coche tuviese alas para poder volar.

—¿Qué vas a hacer?

Como respuesta, Lance apretó el acelerador. El vehículo dio un brinco y se puso a correr con una rapidez endiablada.

La sirena siguió aullando.

—Cuidado, ahí tenemos una curva.

Lance la tomó sobre dos ruedas. Por un momento creyó que el coche se iba a salir de la pista, pero volvió a su posición primitiva y prosiguió su carrera como un bólido.

Cuando Lance vio aparecer al motorista por la curva que habían dejado atrás, dijo:

—Apenas le hemos sacado una ventaja de cien yardas.

—Lance, sólo quedan cinco litros de gasolina.

—Era lo que faltaba para arreglarlo.

Tomaron otra curva y el coche salió de la pista levantando una gran polvareda.

El motorista tuvo que frenar cuando se vio envuelto en aquella nube.

Lance aprovechó la oportunidad para establecer más distancia.

—¿Y si nos detenemos? —dijo Kate—. Quizá sea una buena persona. Podemos intentar convencerle.

—¿Crees que eligen a los «polis» entre los hermanitos de la caridad? Él tiene que cumplir con un deber y en este instante el suyo consiste en llevarnos a la comisaría más próxima.

—¿Cómo ha podido descubrirnos?

—A estas horas deben conocer el coche. Lo compré de segunda mano con un nombre supuesto, pero éstos saben trabajar bien. A ese tipo le bastó echar una ojeada a la patente para decirse que ésta era su oportunidad de aspirar a sargento.

Stanley vio a lo lejos un conglomerado de cabañas que parecían abandonadas, así como un poco más al fondo una docena de torres de petróleo.

Hizo correr al coche por un camino asfaltado que necesitaba una buena reparación.

Al llegar al primer grupo de casas observó por el espejo retrovisor y vio que el motorista se salía también de la pista para ir al campamento abandonado.

Lance giró el volante alocadamente metiéndose por entre las casas.

Vio frente a él una de ellas, en cuya parte trasera había un cobertizo de madera. Faltaba la puerta.

Lance se coló dentro, frenando bruscamente.

Hizo enmudecer el motor y oyó a lo lejos el del motorista.

Lance dirigió una mirada a Kate y vio cómo sus labios se movían murmurando una oración.

El ruido de la moto pareció alejarse, pero de pronto se hizo más sonoro.

—Viene hacia aquí, Lance —exclamó Kate, y tomó una mano de él.

Los dos permanecieron quietos sintiendo cómo poco a poco la moto se acercaba.

El vehículo petardeó suavemente, como si fuese a detenerse. Pero luego lo hizo con más fuerza, alejándose.

Kate dejó escapar un suspiro.

Lance puso en marcha el coche. Retrocedió hacia la puerta y salió sin prisa.

Antes de salir al camino que conducía a la pista general, Lance se detuvo un momento. El carraspeo trepidante de la moto se había convertido en un lejano zumbido.

Otra vez apretó el acelerador.

Mientras daba la vuelta, miró hacia donde se encontraban los pozos de petróleo abandonados.

No vio al agente porque debía seguir corriendo por detrás de las casas.

Diez minutos más tarde llegaban a una estación de servicio y Lance hizo llenar el tanque de combustible.

Esperaron nerviosos de que un momento a otro apareciese el agente que les perseguía. Les pareció que el empleado era demasiado lento, pero Lance comprobó que realizaba su trabajo en dos minutos.

Cuando reemprendieron la marcha, Lance eligió un camino secundario.

Lance había cambiado nuevamente su indumentaria. Vestía chaqueta deportiva, pantalón gris, bajo un abrigo oscuro y defendía los ojos con gafas de sol.

Pero Kate estaba mucho más cambiada. Lance le había comprado una peluca color ceniza y llevaba un enorme jersey que le venía tres números ancho. La joven no había querido aceptar esta prenda, porque su busto bien formado desaparecía en el interior, pero Lance la convenció haciéndole recordar el riesgo que corrían, y ella se puso encima un chaquetón.

Se habían informado de que la visita de turistas al Washington Memorial Carillon debía realizarse de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Ahora eran las cuatro y media y el sol estaba llegando al fin de su carrera.

Los dos jóvenes observaron a cien yardas el edificio construido en el estilo gótico. En la parte superior se podían ver las campanas a través de nueve ventanas, las tres superiores en arco. Los árboles, a derecha e izquierda, estaban casi desnudos.

Un grupo de turistas salió en aquel momento por la puerta.

Lance y Kate estaba situados junto a un seto. Allí podían pasar inadvertidos, y por otra parte, mantenían su vigilancia ante el Memorial.

Se habían distribuido el trabajo. Kate conocía a Raymond Fletcher y Lance a Wanda.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. Las sombras empezaron a apoderarse de la tierra. El lugar quedó desierto. Nadie salía del edificio, pero tampoco entraba persona alguna.

—¿Estás seguro de lo que oíste, Lance? —preguntó Kate.

—Sí, nena. No me equivoqué. Hoy en el Washington Memorial

Carillon al ocaso del sol. Fueron sus palabras.

Hacía una temperatura de cero grados. Los dos tenían metidas las manos en los bolsillos.

—Quédate aquí, nena.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré a echar un vistazo. Quizá lo hemos hecho mal. Sólo llevamos aquí una hora. ¿Quién nos dice que no estaban ya dentro?

—Sí, Lance, quizá sea eso.

—Si oyes algún disparo, echa a correr.

—Será mejor que tú lleves la pistola —repuso ella.

Fue a sacar la mano del bolsillo, pero él se lo impidió tomándola del brazo.

—Te la di a ti y tú la conservarás.

—A mí no me puede pasar nada, Lance.

—Eso es algo que no podemos asegurar. Estoy acostumbrado a arreglármelas sin necesidad de armas. Además, llevo la matraca. Hasta luego, nena.

Lance echó a andar hacia el edificio.

—Lance...

El joven se volvió, las cejas enarcadas.

Ella permaneció unos segundos en silencio, y al fin contestó:

—Si te pasa algo, me consideraré culpable.

Lance le dirigió una sonrisa.

—He pensado festejar nuestro éxito con caviar y una botella de champaña.

Luego prosiguió su camino.

No se dio mucha prisa en llegar al Washington Memorial Carillon. La tierra helada crujía bajo sus pies. Miraba a derecha e izquierda observando por entre los árboles.

Empujó la puerta y entró en el edificio.

A la izquierda había un hueco donde se iniciaba la escalera de caracol que conducía a la torre.

En el interior de la nave todo estaba envuelto en sombras.

Echó a andar por junto a la pared cuando de pronto vio salir de la oscuridad a un sacerdote. Era alto, de facciones alargadas. Tenía las manos entrelazadas sobre el pecho.

Los dos se quedaron mirando fijamente y luego el sacerdote dijo:

—Perdone, creí que era una persona a quien conocía.

—De nada, padre —dijo Lance, y continuó su camino.

Subió la escalera. Era muy pronunciada y se cansó muy pronto.

Al llegar arriba vio las enormes campanas. En cada una de ellas estaba grabado un Estado y el año en que se había incorporado a la Unión.

De repente, oyó un carraspeo a su espalda. Se volvió bruscamente mientras su mano derecha empezaba a tirar de la matraca, pero no la llegó a sacar. En un rincón vio a un hombre de unos cincuenta años, de cabello blanco, ojos grises, que se cubría con sombrero y abrigo oscuro.

—Joven, se encuentre usted ante uno de los monumentos que vale la pena ver antes de morir.

—Yo no me pienso morir tan pronto.

Su interlocutor sonrió.

—Sólo hablaba en sentido metafórico. También yo gozo de buena salud y espero vivir mucho después de la tercera guerra mundial.

—¿Cuándo será eso?

—Ya empezó.

—Hoy no escuché la radio.

—Oh, no, amigo mío. La guerra, en sentido material, todavía no se ha iniciado. Sin embargo, todos los días se plantean batallas y hay un vencedor. Por tanto, existe también un bando que es derrotado... —se interrumpió para sonreír—. Permítame que me presente... Francis Cullen, profesor de Historia Medieval en el colegio Caldwell, de Filadelfia.

—Roy Davis, fotógrafo de niños, de Cincinatti.

Lance se sintió observado atentamente por aquel hombre.

—Conozco su ciudad, señor Davis. He estado muchas veces en ella.

—Yo también he visitado Filadelfia.

El profesor señaló las campanas.

—Vengo dos o tres veces por año a este lugar. ¿Y sabe por qué? La proximidad de estas campanas me une más al país. Comprendo que a las demás personas les parecerá un sentimiento ridículo.

—A mí no, señor Cullen. También yo me siento emocionado.

El profesor sacó un reloj del bolsillo del chaleco.

—Es ya tarde y me voy a retirar. Volveré en primavera. Entonces

se observa una vista maravillosa. Los almendros en flor, la vegetación pujante, el cielo azul, el mundo que resucita, aunque resulte doloroso pensar que en realidad cada primavera estamos más cerca del caos. Buenas tardes, señor Davis. Tuve mucho gusto en conocerlo.

—Lo mismo digo, profesor.

Lance lo vio desaparecer por la escalera.

Sacó un cigarrillo y lo encendió acercándose a una de las ventanas. Por el hueco vio a Kate que asomaba la cabeza por entre los arbustos.

La torre era un magnífico observatorio. A un cuarto de milla de allí se veía una carretera por la que cruzaba de vez en cuando algún coche.

De pronto, se produjo un estampido que arrancó un eco metálico de las campanas.

Lance se precipitó por la escalera, que era de donde había llegado el disparo. Pero no podía correr muy aprisa por aquella escalera de caracol.

Tuvo que frenar bruscamente para no tropezar con el cuerpo que había tendido en uno de los peldaños. Lo identificó al momento, aunque estaba de bruces. Su camisa blanca se manchaba rápidamente de sangre.

El profesor abrió los ojos.

—Me engañaron...

—Profesor, ¿quién fue?

Los labios de Francis se estremecieron. Quería decir algo, pero le faltaban las fuerzas.

—Profesor, ¿qué ocurrió? Dígamelo.

Cullen hizo una señal con la mano izquierda.

Lance acercó su oído a la boca del moribundo.

—Me lo quitaron...

—¿Qué es lo que le quitaron?

—Recupérela... para la causa... de la paz... Mañana... Nueva York... Nirvana...

Francis dobló la cabeza.

—Profesor, ¿qué significa eso?

Le tomó el pulso y comprobó que ya estaba muerto.

De pronto, oyó una voz.

—Apártese de ahí y ponga las manos en alto.

Era un agente de policía. Se cubría con una cazadora de cuero y gorra de plato. Esgrimía una pistola con la diestra cuatro peldaños más abajo.



Aquel tipo avanzó sin advertir el peligro...

—Eh, oiga, yo no lo hice —protestó Lance.

—Con que no, ¿eh?

—Apártese, agente. Me disponía a dar caza al asesino.

—¿Qué cuento es ése? Acabo de entrar y no vi a nadie. Usted es la única persona que había con él. ¿Hay alguien más?

—Quizá sí.

—Usted estaba en lo alto y no sabe si había alguien. Eso es definitivo.

—Oiga, estamos perdiendo un tiempo precioso. Lo que importa es capturar al asesino del doctor Cullen.

El agente se echó a reír.

—Profesor Cullen, ¿eh? Es el doctor Gordon Fowler, una de las más ilustres personalidades en el campo de la ciencia de nuestro país, un orgullo nacional.

—¿Qué está diciendo, agente? Me dijo que era Francis Cullen, profesor de Historia Medieval en el colegio Caldwell, de Filadelfia.

—Se lo repetirá al comisario. Seguro que tiene mucho éxito y él le felicita.

Stanley supo que no convencería a aquel agente, aunque estuviese hablándole durante el resto de su vida. Pero no podía consentir que lo detuvieran o todo estaría perdido para él y para Kate.

—Muy bien, agente. Quiero ir cuanto antes a ver a su jefe. Él lo comprenderá mejor que usted.

—Claro que sí, muchacho. Mi jefe es la mar de comprensivo.

Stanley pasó por encima del cadáver con las manos en la nuca.

Entonces saltó.

El agente hizo un disparo.

En el primer momento, Lance creyó que había sido alcanzado pero no sintió ningún dolor en el cuerpo. Tan sólo un fuerte calor en el cuello.

Su puño hizo lo demás.

El policía y él rodaron por la escalera, y cuando ambos quedaron quietos, sólo Lance se pudo levantar porque el agente había quedado sin conocimiento.

Atrapó la pistola del desvanecido y echó a correr escaleras abajo.

Cuando salió a la calle, vio a un viejo que estaba con los ojos asombrados.

—Oí un disparo arriba —dijo el anciano, y al descubrir la pistola

en la mano de Lance se interrumpió.

—No puedo explicárselo, abuelo —repuso Lance, y echó a correr adonde lo esperaba Kate.

—Gracias a Dios que estás vivo.

—Vamos al coche o lo estaré por poco tiempo.

Habían dejado el automóvil muy cerca para el caso de que tuviesen que salir de allí con mucha prisa.

Lance condujo hacia la carretera que había visto desde el campanario.

—¿Oíste el disparo, Kate?

—Sí.

—¿Quién salió después?

—Sólo un sacerdote. Echó a correr y se perdió por entre los arbustos. El pobre parecía muy asustado.

—No era ningún sacerdote, Kate, sino un hombre disfrazado de tal. Mató a un hombre que minutos antes había hablado conmigo junto a las campanas. La víctima se presentó ante mí con la personalidad de un profesor de historia, pero ha resultado ser un científico llamado Gordon Fowler.

Stanley le contó el resto de la historia.

—¿Qué es Nirvana, Lance?

—Conozco a un tipo del Bowery que tiene ese apodo.

—¡Ése es nuestro hombre!

—No, cariño. No tiene nada que ver con un lío tan espantoso como éste. A Abraham Smith le llaman Nirvana porque vende cigarrillos drogados. Le pregunté una vez por el apodo y me dijo que se lo puso uno de sus clientes que había sido budista. El Nirvana es una especie de paraíso en donde un fulano no desea nada. Según ciertas personas, ese estado se logra con la droga.

—Debe ser entonces el nombre de un local.

—Echaremos un vistazo a la guía telefónica, pero primero hemos de llegar a Nueva York.

No tuvieron ninguna dificultad en el resto del viaje.

Se metieron en un bar y ocuparon una mesa.

Lance fue por la guía telefónica.

La joven había pedido emparedados y cerveza.

Había tres negocios que utilizaban el nombre de Nirvana. Un club nocturno, una imprenta y un instituto de belleza.

—¿Con cuál de los tres nos quedamos? —preguntó Kate.

—No tenemos más remedio que investigar en los tres —respondió Lance—. Nos dividiremos el trabajo. Antes de nada hemos de conocer la personalidad de Gordon Fowler, quién era, a qué se dedicaba.

Despacharon los emparedados y la cerveza y minutos después penetraron en una biblioteca pública.

Lance pidió un diccionario que había sido editado aquel año. Buscó el nombre de Fowler y cuando llegó a la página correspondiente vio la fotografía del hombre que él había conocido en el campanario. El policía no le había mentido. Al pie de la pequeña foto estaba su nombre: Gordon Fowler. Su biografía decía: «Nacido en Viena en 1910. Es uno de los físicos que más han contribuido al conocimiento del átomo. Trabajó en el laboratorio Cavendish, de la Universidad de Cambridge. Aplicó a los fenómenos intraatómicos la teoría de Max Planck».

Seguía una larga relación de los premios que Fowler había recibido a lo largo de su vida.

—Está claro, Lance —dijo Kate—. Es lo que me decía mi voz interior. Se trata de un asunto de espionaje... El doctor Fowler debe haber descubierto algo muy importante. Alguien lo asesinó y le robó la fórmula en el Washington Memorial Carillon.

CAPÍTULO XI

Lance Stanley se encontraba en el club nocturno. Nirvana en compañía de una rubia que trabajaba para la casa. Ella se llamaba Bárbara.

Lance sabía ya que el dueño del club era Donald Clement, un tipo que procedía de Chicago. Había inaugurado su local tres años antes, y al parecer, le iba bastante bien.

—Voy a hablar con tu jefe, Bárbara.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué no?

—Donald es un tipo con malas pulgas y nunca está solo. Donald es pequeñajo y sabe que alguien lo podría hacer volar era sólo que le propinase un puñetazo. Por eso se hace acompañar de dos mastodontes.

—Bueno, yo quiero hablar con él de un asunto profesional...

—Si te empeñas, irás solo. Nos tienen prohibido el acceso al despacho del jefe.

—Gracias por todo, nena.

—¿Por qué no olvidas eso y pasamos unas horas agradables? Te iba a invitar a que visitases mi apartamento...

—Cada cosa a su tiempo, dulzura. Primero los negocios, y en segundo lugar, el amor.

—No sé si estarás para el amor cuando salgas del despacho.

Lance caminó hacia la puerta que había al fondo. Entró sin llamar.

Detrás de una mesa había un hombre sentado en un sillón de alto respaldo. El tipo no debía medir más de un metro sesenta y cinco. Su cara tenía el color de la paja. Tal como le había anunciado Bárbara. Donald Clement no se encontraba solo. Dos tipos le hacían

compañía. Estaban sentados en sendos sillones, entretenidos en ver revistas de mujeres que enseñaban mucha piel. Pero los dos a una interrumpieron su examen para fijar la mirada en el hombre que acababa de entrar en el despacho.

—¿Qué quiere? —preguntó Clement con voz fina.

—Sólo me llegué aquí para felicitarle, señor Clement.

—¿Por qué me felicita? ¿Las Navidades? Todavía falta algún tiempo y tampoco es hoy mi cumpleaños.

—¿Cuánto le pagan por la fórmula?

—¿De qué está hablando?

—Me gusta dar aclaraciones. Yo me encontraba en el Washington Memorial Carillon cuando su hombre, el tipo disfrazado de sacerdote, se cargó al señor Fowler. Agregaré un secreto, Clement. También fue allí por la fórmula, pero su muchacho me sacó ventaja. Yo opino que en la vida cada uno ha de tener sus oportunidades. En resumen, callaré la boca si usted está dispuesto a abrirme su bolsa.

En la estancia se hizo un silencio. Los dos matones miraban a Lance con la boca abierta.

Donald Clement estaba inmóvil, los ojos entornados, observando atentamente a su interlocutor.

—Oiga, he visto muchos tipos como cabras, pero usted está como todo un rebaño.

—No disimule conmigo, Clement. Si no es comprensivo iré con el cuento al FBI y ya sabe que esos muchachos hilan muy fino. Usted ordenó el asesinato de un hombre de ciencia y ha robado un secreto militar a nuestro país. Es un traidor que se ha manchado las manos de sangre. ¿Qué cree que le van a dar por eso? ¿Un premio? No sea estúpido, Clement, y acepte la mano que le tiendo.

Los dos gorilas se abalanzaron sobre Lance. Stanley se revolvió recibiendo a uno de ellos con un tremendo puñetazo entre los dos ojos. Pero el otro cazó a Lance que el pómulo.

—Conviértalo en astillas —exclamó Donald.

Lance vio venir sobre sí al hombre que le había derribado y lo recibió con un patadón en la ingle. El tipo se encogió haciendo una mueca de dolor y Lance, aprovechando su impulso, conectó la izquierda en el mentón de su enemigo, quien rodó por el suelo hasta golpear la cabeza contra un sillón.

Clement no podía dar crédito a sus ojos. En menos de cinco segundos sus dos guardaespaldas habían sido barridos por aquel desconocido.

Tiró de un cajón para sacar una pistola.

—Deje la mano quieta —ordenó Lance.

Clement vio que el joven le estaba apuntando con un arma.

—¿Qué significa todo esto? —tartamudeó.

—Ya le he dicho que lo sé todo.

—Oiga, usted está loco o se llegó aquí con un informe falso.

—No me la pegará, Clement.

Lance dio la vuelta a la mesa y abofeteó con la mano libre a Clement, quien cayó en el sillón.

—Confiese que está relacionado con los Fletcher.

—Eso es cierto. Peter Fletcher trabaja para mí en Chicago. Es él quien me envía las mujeres que trabajan en mi club nocturno.

—No me refiero a ese Fletcher, sino a Raymond Fletcher.

—¿Raymond? No lo conozco.

—Y a su mujer, Wanda, ¿tampoco la conoce?

—Claro que no.

Lance le pegó con el dorso de la mano en la boca, partiéndole el labio.

—No acabe con mi paciencia, Donald. Estoy dispuesto a arrancarle la piel a pedazos.

El dueño del club escupió sangre.

—Oiga, le juro que no sé de qué asunto se trata. Seguro que esto ha sido provocado por alguno de mis enemigos. Pero le han engañado.

Lance le apoyó el cañón de la pistola en la frente.

—Clement, voy a volarle los sesos.

Sintió cómo todo el cuerpo de Donald se estremecía. Sus ojos brillaron llenos de pánico.

—No lo haga, muchacho. ¡No lo haga!

—Dejaré de hacerlo si me hace una confesión de su negocio. ¿Quién era el hombre que mató a doctor Fowler? ¿Dónde está la fórmula?

—No sé nada, le juro que no sé nada —exclamó Donald, al tiempo que se ponía bizco porque estaba mirando la pistola que había sobre sus ojos.

—Voy a disparar, Donald.

Clement abatió los párpados. Toda su cara estaba bañada en sudor.

Stanley permaneció mirándolo un raro, y finalmente apartó la pistola y echó a andar hacia la puerta.

Clement soltó un gemido y se desmayó.

Kate Farrant se hallaba en el instituto de belleza Nirvana. La había recibido una muchacha que dijo llamarse Patsie.

—Quiero hablar con la propietaria del negocio —dijo Katie.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Ofrecerle una crema limpiadora revolucionaria.

—Lo siento, pero la señorita Eva Kay no puede recibirla en este momento. Pida hora por teléfono mañana y será atendida.

—No podré porque salgo mañana para Los Ángeles. Le aseguro que la señorita Eva Kay lamentará mucho no haberme recibido. Se trata de una crema fabricada con un nuevo producto.

La empleada titubeó unos instantes.

—Espere y hablaré con ella.

Kate esperó en la sala donde había sido introducida, observando los cuadros de la pared.

Al cabo de un rato se abrió una puerta.

—La señorita Kay ha accedido a recibirla, pero sólo le puede conceder quince minutos —dijo Patsie.

—Tendré bastante —asintió Kate.

Entró en un despacho a cuyo fondo había una mesa donde se encontraba una mujer de unos veintiocho años, de cabello muy rubio, rostro bello.

—Muy bien, señorita Hamilton —dijo Eva Kay, porque ése era el nombre con que Kate se había presentado. Sheyla Hamilton—. ¿Quiere enseñarme su revolucionaria crema para la limpieza del cutis?

—Con mucho gusto —dijo Kate. Abrió el bolso y extrajo la pistola.

Eva Kay parpadeó perpleja y por último se levantó de un salto.

—¡No dispare!

—Usted va a ser quien lo decida.

—Es un asalto..., ¿verdad?

—No, señorita Kay. No es un asalto. He venido por la fórmula.

—¿Se refiere a la fórmula de su crema...? Le juro que no la tengo. Yo no le he robado... Seguro que han sido los del instituto Astor. Siempre se valen de esos medios... A mí me robaron el año pasado la fórmula para quemar grasas superfluas.

—No se haga la tonta, señorita Kay. Usted sabe a qué fórmula me refiero.

—No será la de las albóndigas a la japonesa. La pedí hace tres días a mi amiga Lupe Hunter, la columnista del Sur. Me dijo que era un secreto. La había descubierto personalmente durante su último viaje a Tokio.

—Sabe disimular muy bien, pero no logrará engañarme.

Eva Kay se mojó los labios con la lengua.

—¿Tampoco he acertado?

—No, señorita. Tampoco ha acertado. Caliente un poco más la cabeza y verá cómo llegamos a la fórmula buena.

—Dios mío, no sé qué puede ser... Deme al menos una pista.

—Se la daré muy gustosa —la joven se acercó a la mesa—. Washington Memorial Carillon...

—Oh, ése es el lugar donde se encuentra una campana por cada Estado de la Unión...

—Sí.

—¿Se refiere a alguna fórmula para hacerlas repicar todas a un tiempo? —Forzó una sonrisa—. No sé lo que me digo, ¿verdad? ¡Pero le juro que jamás me he encontrado en una situación como ésta...!

—El sacerdote...

—¿Necesita uno...? Quizá la envenenaron... Está agonizando, ¿verdad, señorita? Quiere quedar en paz con su conciencia... Si me deja le traeré media docena de sacerdotes —alargó la mano hacia el teléfono.

—¡Estese quieta!

Eva encogió la mano como si el teléfono estuviese al rojo vivo.

—Sí, señorita, ya me estoy quieta...

—Ordenó la muerte del doctor Fowler para robarle su secreto...

—La esposa del doctor Fowler es mi cliente. Ahora lo comprendo. Liliana Fowler me dijo que su marido había logrado un nuevo sistema de parto sin dolor. ¿Es eso? Oh, no se preocupe, preguntaré a Lilian el sistema... Se lo juro. Se lo sacaré a su marido

a cualquier precio.

—¿Cuál es el nombre completo de ese doctor...?

—Mauricio Fowler.

—Imaginé que otra vez pretendía pegármela. No es el doctor Mauricio Fowler quien me interesa, sino Gordon Fowler, y usted lo sabe perfectamente.

—¿Gordon Fowler...? Nunca oí hablar de él.

—Es el físico, el hombre de ciencia, una de las mayores personalidades científicas en el campo del átomo. Inventó algo muy importante y usted hizo todo lo posible para apoderarse del secreto. Ha llegado a matar al doctor. Se ha convertido en una asesina. Se vendió a una potencia enemiga... Eso es lo que usted ha hecho, señorita Kay. Pero aquí estoy yo para echar sus planes abajo.

—¿Átomos...? ¿Secretos...? ¿Potencia enemiga...? No entiendo nada.

—Lo comprende todo perfectamente, y por su bien, debe cambiar de actitud.

—¡Oh, no...! No sé nada... —Eva Kay fue acercándose poco a poco a la puerta—. ¡No dispare...! ¡Soy inocente!

Soltó un alarido al tiempo que abría la puerta y escapó corriendo.

Kate retrocedió por el camino por el que había llegado hasta allí.

Mientras cruzaba el vestíbulo hacia la calle oyó un tremendo alboroto en el instituto de belleza y los gritos de Eva Kay.

—¡Una loca...! ¡Hay una loca en mi despacho...! ¡Avisen a la policía...!

CAPÍTULO XII

Kate estaba sentada en un banco del Central Park. Era el lugar donde había quedado citada con Stanley.

Llevaba media hora esperando, cuando al fin lo vio llegar.

Lance se sentó a su lado.

—No hace falta preguntarte, Kate. Basta ver tu cara para saber que fracasó lo del instituto de belleza.

—Sí.

—Tampoco yo conseguí nada. Sólo un mamporro. El dueño del club nocturno no tiene nada que ver con lo del doctor Fowler. Luego fui a la imprenta. Me llevé un chasco. Se trata de una editorial que publica cuentos infantiles. El dueño es un viejecito que parece haber salido de un cuento de hadas, con su barbita blanca puntiaguda... Pero pensé que era un disfraz y me puse a tironearle la barba. Fue todo un espectáculo. «Te cacé, traidor», le decía, y el buen hombre, que padece de infantilismo, chillaba como un condenado. ¡Un ogro! ¡Me ha atrapado un ogro! ¡A mí, los alabarderos...! Tuve que escapar de allí, pero no creas que resultó fácil desembarazarme del tropel de gente que me siguió. Tengo los pies molidos de tanto correr.

Kate le contó su parte.

—Hemos fracasado —concluyó Lance—. Sólo nos queda una solución. Contárselo al FBI.

—¿Nos creerán?

—No lo sé. Hasta es posible que me endosen la muerte del doctor... Sí, este paso solo servirá para que me asen más pronto y lo peor es que tú también estás metida hasta el cuello.

—Entonces, debemos solucionarlo por nuestra cuenta.

—Sólo nos queda una cosa que hacer, Kate. Largarnos de aquí

cuanto antes. Tengo un amigo en el estado de Oregón. Vive en los bosques. Lograremos llegar allí y estaremos a salvo.

—Pero ¿y la fórmula del doctor Fowler?

—Ya hemos hecho todo lo que pudimos. ¿Qué culpa tenemos si las cosas nos salieron mal?

—Hagamos un último intento, Lance.

—Eres una ingenua, Kate. No hay nada que hacer.

La joven sacudió la cabeza descorazonada.

—Sí, Lance.

Guardaron silencio durante un rato.

De pronto Kate hizo chasquear los dedos.

—Lance, no hemos pensado en una cosa muy importante.

—No me cuentes tu nuevo descubrimiento. No servirá para nada. Nos largamos a Oregón y se acabó.

—Escucha un momento, Lance. Al doctor Fowler lo mataron en el Washington Memorial Carillon.

—Estoy de acuerdo. Lo asesinaron allí.

—El doctor fue a aquel edificio llevando la fórmula de lo que había descubierto. Debía entregarla a alguien. Al parecer fue un engaño. Después de entregar la fórmula le pegaron un tiro. El asesino huyó, pero el doctor habló contigo unos segundos antes de que muriera. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Los dos lo sabemos perfectamente. Mañana, Nueva York, Nirvana.

—Los dos hemos creído que se trataba de la guarida de los asesinos. He visto muchas películas de espionaje. ¿Qué hacen los espías cuando tienen en su poder un secreto? Lo sacan del país. Lo que quiso decir el doctor es que hoy salía la fórmula. ¡El Nirvana debe ser un barco!

—Tienes demasiada imaginación, muchacha. Podías llegarte a esa editorial de cuentos infantiles y ofrecerles tu colaboración.

—Bueno, ¿qué trabajo te cuesta comprobarlo? Bastará que preguntemos si hay algún barco cuyo nombre es Nirvana y si sale hoy de Nueva York.

—Lo que vamos a hacer es largarnos.

—Por lo que más quieras, Lance... Sólo haremos la comprobación, y si no da resultado positivo, te seguiré adonde sea.

—Está bien, vamos. Tengo un amigo es los muelles. Le llamaré

por teléfono.

Se dirigieron a un bar y entraron en la cabina telefónica. Lance marcó un número.

—¿Sí? —Oyó una voz ronca a la otra parte.

—Nevil, soy Lance Stanley.

—Cuelga inmediatamente.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Eres un tipo perseguido por la policía. No quiero tratos contigo.

—No seas estúpido, Nevil. ¿Cuántas veces has sido perseguido tú y no te he vuelto la espalda? Y por si te sirve de algo, soy inocente.

—Lo mismo que yo.

—Sólo quiero que me des información. ¿Existe algún barco llamado Nirvana que vaya a salir hoy de Nueva York?

—No. No lo hay. A decir verdad, no conozco un solo barco que se llame Nirvana.

—Está bien, gracias.

—Es un mal procedimiento para escapar, Lance. Yo tengo experiencia. Por barco no se consigue nada. Te atrapan enseguida las autoridades.

—No pienso escapar por barco. ¿Crees que soy tonto?

—¿Es eso cierto, Lance?

—Claro que lo es. Hasta la vista, Nevil.

—Espera un momento, Lance. Existe un barco llamado Nirvana.

—¿Eh?

—No te lo quise decir porque creí que era para fugarte y no quiero líos. El Nirvana es un carguero que llegó hace dos días a Nueva York y se marcha esta tarde a las cuatro. Está atracado en el muelle número cuarenta y siete... No sé lo que te traes entre manos, pero no quiero saber nada. Suerte, Lance.

Stanley oyó cómo Nevil colgaba, pero él siguió con el auricular junto al oído.

—Bueno, ¿qué pasa? —oyó decir a Kate.

Stanley dejó el micro en la horquilla.

—Tú tenías razón, nena.

CAPÍTULO XIII

Wanda Fletcher levantó su copa.

—Les deseo un buen viaje.

Los cuatro hombres que la rodeaban brindaron con la pelirroja. Uno de ellos era su esposo, Raymond.

Después de beber, Raymond se dirigió al hombre de mentón saliente que estaba frente a él.

—Bien, señor Welles; ¿tendrá la amabilidad de pagarme?

El llamado Welles esbozó una sonrisa.

—Desde luego.

La reunión se celebraba en un camarote del carguero Nirvana, anclado en el muelle cuarenta y siete.

Welles abrió un armario del que extrajo un maletín negro que alargó a Fletcher.

—Permita que haga la comprobación —dijo Raymond.

Abrió la valija y fue extrayendo gruesos fajos de billetes. Cuando hubo sacado el último, alzó bruscamente la cara.

—Aquí sólo hay cien mil dólares.

—Sí.

—El trato fue medio millón.

—Lo siento, señor Fletcher, pero sólo dispongo de cien mil dólares.

El rostro de Fletcher palideció.

—No me gusta el juego sucio, señor Welles.

El hombre que estaba al lado de Welles sacó rápidamente una pistola.

—¿Le gusta más esto?

Welles hizo chasquear la lengua.

—Perdone. Johnny es un tipo demasiado impulsivo.

Johnny era un hombre rubio y de párpados caídos.

La señora Fletcher bebió otro trago de champaña y dijo:

—Caballeros, están olvidando que se encuentran delante de una dama.

El cuarto hombre que hasta entonces no había hablado, era de facciones alargadas. Vestía un traje oscuro y corbata gris. Había empezado a llevar la mano hacia la axila, pero se detuvo cuando el rubio le tomó ventaja.

—Oiga, Welles, usted me dio un encargo y yo lo he cumplido fielmente. Ahora tiene consigo un secreto del más alto valor estratégico, el arma decisiva. El doctor Fowler inventó una combinación metálica para aviones que hiciese imposible su detección por el radar o por cualquier otro medio conocido. Un avión de éstos, cargado con bombas nucleares, no puede ser abatido por una defensa. Usted sabe perfectamente que teniendo en cuenta su gran velocidad, esos aviones serán como invisibles. Descargarán sus bombas sobre su objetivo sin temor a ser derribados. La nación que posea esa arma se alzarán con la victoria. Eso es lo que yo he conseguido para usted. Y no crea que resultó fácil. Hemos matado a unas cuantas personas. Tuvimos que eliminar a la doncella de mi mujer porque escuchó una conversación entre Wanda y yo.

—Eso fue cuenta suya.

—También fue cuenta mía engañar al doctor Fowler. Estaba asustado de su propio descubrimiento. Por eso lo había mantenido en secreto incluso para su propio país. No quería dar la fórmula al Gobierno porque, a su juicio, ponía en manos de unos cuantos hombres un poder casi sobrenatural.

Señaló al hombre de las facciones alargadas.

—Por ello ideé un magnífico plan. Chad Benson se ha ganado la vida como estafador y uno de los papeles que mejor ha desempeñado en su carrera ha sido el de sacerdote. Se asombraría usted de saber a las personas que ha engañado. Cierta vez invité al doctor Fowler. Chad, también estaba allí con sus hábitos. Los presenté y lo demás todo fue cuenta de Chad. Durante un mes, Chad habló a Fowler hábilmente hasta que el doctor se convenció de que sólo existía una solución para su tremendo invento. Ponerlo en manos de un sacerdote, el cual sabría guardarlo celosamente. Fowler sentía un gran temor de que alguien le robase la fórmula.

¿Quiere que le recuerde los servicios que le prestamos anteriormente?

—Debo decirle que fueron insignificantes. Usted sólo nos consiguió planos sobre cohetes, bases secretas. Hay centenares de personas que nos habrían informado con un gasto mínimo. Siempre le hemos pagado bien, Fletcher.

—A lo largo de diez años he ido montando una buena organización. Tengo hasta un sanatorio psiquiátrico. Lo he pagado con el dinero que he recibido de ustedes... ¿Cree que no ha cumplido su misión ese sanatorio? A más de media docena de enemigos hemos eliminado en ese hospital. He tenido que pagar sobresueldos a las personas más allegadas a nosotros, a nuestra servidumbre. Uno de mis criados y la cocinera debían estar al corriente para que me sirviesen bien. Sólo mi secretario me cuesta más de treinta mil dólares al año, pero a usted le sigue pareciendo mucho dinero.

—Lo siento, Fletcher, pero he de decirle la verdad.

—¿Qué verdad?

—Con este trabajo hemos terminado con usted.

—¿Terminado?

—Sus servicios ya no nos son necesarios.

—Muy bien, señor Welles Pague entonces el medio millón y estaré de acuerdo en que prescinda de mis servicios.

—No sea estúpido, Fletcher. Con esos cien mil dólares ya tiene bastante.

—La fórmula del doctor Fowler vale mucho más. Nuestro país estaría dispuesto a pagar millones de dólares por ella.

—Nosotros compramos más barato que su país —sonrió Welles.

De repente, Wanda saltó sobre el rubio.

Éste empezó a revolverse, pero no lo hizo con la debida rapidez.

Wanda le descargó un zarpazo en la cara.

El rubio lanzó un aullido dejando caer la pistola.

—¡Mis ojos!

Chad Benson, el embaucador, sacó el revólver con un movimiento rapidísimo.

Welles también quiso exhibir su arma.

Pero Benson no le dio tiempo y apretó el gatillo dos veces.

Welles recibió el impacto en el pecho y se fue contra la pared.

Quiso decir algo, pero se estremeció convulsivamente arrojando una bocanada de sangre por la boca.

El rubio Johnny cubría su cara con sus manos.

—¡Me ha dejado ciego! ¡Esa hija de perra me ha dejado ciego!

Wanda atrapó la pistola de Benson y disparó sobre la cabeza del rubio, el cual interrumpió sus quejidos derrumbándose como un fardo.

Raymond Fletcher se echó a reír.

—Hemos hecho el gran negocio, querida. Ahora tenemos los cien mil dólares y la fórmula.

—Marchémonos de aquí cuanto antes —dijo Benson.

Guardaron las armas, pero en eso se abrió la puerta del camarote con fuerza y Lance irrumpió en la estancia empuñando una pistola en la diestra.

—¿Dónde van con tanta prisa?

Wanda hizo rechinar los dientes.

—¿Otra vez usted?

—Hola, cariño, ¿qué tal su corazón? Debe marchar muy bien teniendo en cuenta que acaban de matar a dos hombres y no se ha desmayado.

—Me pregunto en Hereford si podía trabajar con nosotros —repuso la pelirroja—. Muy bien, le puedo dar una respuesta afirmativa.

—Claro que sí —sonrió Lance—. Ahora les intereso mucho porque soy el tipo que los puede hundir en el hoyo.

Raymond Fletcher movió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Qué está hablando éste, nena? Parece un traganiños.

—Escuché la conversación que mantuvieron ustedes antes de que empezasen los tiros, de modo que yo haré el plan a seguir. Haremos una visita al FBI. Quiero que conozcan todos sus servicios, ya verán cómo les satisface. Ellos les darán el precio que han estado buscando.

—No seas tonto, querido. Si te quedas con nosotros, vas a tener algo más que dinero —Wanda lo dijo con los ojos entornados y Lance supo lo que ella quería decir.

La pelirroja puso en juego su arte de seducción porque a su mirada acompañó un hociquito.

Ella logró lo que deseaba. Distraer a Lance.

Chad Benson tiró otra vez del revólver.

Pero Lance vio por el rabillo del ojo su movimiento y le lanzó una bala.

Chad soltó una maldición al sentir su mano abrasada por el proyectil.

Luego Lance se dirigió a Wanda Fletcher.

—Guarda tus arrumacos para el verdugo, dulzura.

Kate y Lance salieron del edificio donde se ubicaban las oficinas del FBI. Tendrían que regresar al día siguiente para completar sus declaraciones.

—Todavía no me he enterado de la clase de enfermedad que padecía Wanda Fletcher —dijo Kate.

—Ha confesado que no tenía ninguna clase de enfermedad. Se entendía con el doctor Straker. Wanda permanecía en la casa mientras Raymond tenía que desarrollar su plan para apoderarse de la fórmula de Fowler. Straker la visitaba de noche. Tenía una llave de la puerta trasera.

—No comprendo a ese hombre, Raymond Fletcher. Me estremecí al verle sonreír cuando contaba de qué forma se había librado de mi prima Dora ahogándola con un almohadón. Y seguía sonriendo mientras confesaba que luego la incineraron en un horno.

—Es posible que continúe cuando le llegue la hora de ser asado en la silla. Pero la explicación de su risa es muy sencilla. Me lo dijo el forense de la policía. Fletcher es un tipo que tiene la mente perturbada. Cuando el forense terminó su examen, Raymond le preguntó sonriente: «¿Qué, doctor, estoy chiflado?».

Caminaron en silencio. La joven se detuvo dando un suspiro:

—Regresaré a mi pueblo.

—¿Y qué harás allí?

—Lo mismo que hacía antes de venir a Nueva York. Trabajar en la granja de Eneas Haver.

—No te gusta, ¿verdad?

—No.

—Hace tiempo que un amigo me ofreció una plaza de vendedor de coches. Aseguró que soy un tipo persuasivo.

—Acepta el cargo, Lance.

—Bueno, lo aceptaría, pero necesitaría estar casado, tener una casa, unos hijos... Sólo de esa forma estaría dispuesto a cambiar de

profesión.

—Te comprendo. Tu esbelta rubia.

—¿Qué rubia?

—Tú dijiste que...

Lance le estaba sonriendo, y ella se interrumpió.

—Lance, ¿has pensado que tú y yo...?

—Podemos hacer la prueba. ¿No te parece?

—¡Lance!

Kate le echó los brazos al cuello y él la rodeó por la cintura, uniéndola su boca a la de ella.

FIN



N.º 1585

Deborah Kerr

"Las minas del rey Salomón", "Vivir un gran amor", "Rojo Atardecer" y recientemente "Sombras de sospecha" son las principales películas de esta bella actriz nacida en Escocia en 1922.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain